

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL
Tesis Licenciatura en Trabajo Social

Pierde un turno y retrocede cinco casillas:
el miedo en la ciudad y la inalcanzable búsqueda
de seguridad

Gastón Pérez Seveso
Tutor: Gustavo Machado

2015

Índice

Introducción	<u>3</u>
Lado A – Inseguridad y despersonalización de la sociedad	<u>6</u>
La inseguridad social en la modernidad	
La propiedad social en los intersticios de la propiedad privada	6
El Régimen Neoliberal y su penetración ideológica	11
Cambios en el mundo del trabajo en la era del regreso	14
Sobre la categoría de persona. Los nuevos ritos sociales	19
Cambios en el barrio	22
Lado B – El Miedo en la Ciudad	<u>27</u>
Miedo Urbano – Abordaje Conceptual	27
El Miedo en la Ciudad: Desplazamiento y Mapas Mentales	40
La Comunidad de los Pulgares Opuestos	
Miedo, inseguridad y aplicaciones de celular: CITYCOP Y OINCS	45
La Ciudad de Lava	55
Bibliografía	<u>63</u>
Anexos	<u>67</u>

Introducción

Esta monografía no puede dejar de tener la mirada un poco allá y un poco acá, un poco en el presente y en el pasado. Para llegar a qué produce el miedo y qué prácticas se producen en base a éste, tenemos que realizar un constante juego entre ambos. ¿Qué cambios se han desarrollado y cómo han impactado en la sociedad y particularmente en la producción y reproducción del miedo? Es esta una tarea que, como señala Reguillo (2006), implica historizar los miedos, implica tener siempre presente en el análisis la dimensión temporal. Es entender al presente y los fenómenos actuales como productores de nuevos fenómenos que, sin embargo, se desprenden y son herencia del pasado. Comenzaremos por hacer un breve análisis de esta herencia reciente y no tan, para arribar así al final de esta monografía, a una mirada centrada en el aquí y ahora, donde estos fenómenos se transforman de producto a productor.

Al hablar sobre la inseguridad y el miedo vamos a tener dos enfoques constantemente presentes, el sincrónico y el diacrónico. Sin estos perdemos de vista la dimensión y la complejidad de los acontecimientos a los que nos estamos enfrentando. Son justamente estos enfoques de los que carecen también los usuarios de CityCop y Oincs, las dos aplicaciones de celular que se analizarán en este trabajo. Las mismas fueron escogidas ya que se plantean como respuestas comunitarias virtuales para enfrentar aquello que se considera indeseado. En este sentido, CityCop plantea una lógica que apunta más bien a hacer frente a lo delictivo, mientras que Oincs se basa en el tránsito y también en denuncias como “zonas peligrosas”.

Ambas aplicaciones funcionan de similar modo. Al abrirlas se despliega el mapa de la ciudad sobre el cual los usuarios pueden registrar algunas de las tipificaciones estipuladas por cada app¹. En CityCop se pueden “denunciar”²: “robo a persona”, “robo a vehículo”, “robo a casa”, “robo a comercio”, “actividad sospechosa”, “homicidio”, “vandalismo”, “venta de droga” y “acoso/violación”. A su vez, los registros de Oincs se dividen en dos, por un lado en la categoría “Tránsito”: “accidente”, “inspector”, “trancazo”, “semáforo roto”, “pozo”, “precaución”, “árbol caído”, “radar”, “desvío”, “calle inundada”, “media calzada”, “mal estacionado”, “camino”, “niebla”; por otro

¹ Diminutivo de aplicación

² Término de la app

lado, la categoría “Denuncia”: “zona peligrosa”, “manifestación”, “vandalismo”, “cuidacoches peligroso”, “basura acumulada”, “funcionario en infracción”, “incendio”, “apagón”, “caño roto” y “otra”.

De esta forma, cuando la comunidad virtual crea ver un cuidacoches peligroso, una actividad sospechosa, un robo de vehículo o un trancazo, puede abrir la aplicación, puntualizar el punto del mapa en donde sucede lo que se cree sucedido y dejar registro en la app. Esto va de la mano con un texto que acompaña la denuncia, así como la posibilidad de apelar también al recurso fotográfico. CityCop a su vez plantea la posibilidad de marcar “zonas de interés” dentro del mapa, como “Casa” o “Lugar de Trabajo”. Toda alerta de otros usuarios de la app en un radio cercano a las zonas de interés registradas, disparará una alerta en el celular de la actividad registrada (ver Anexo 5).

La herramienta de análisis escogida para esta monografía es el análisis documental y de discurso. A lo largo de este trabajo nos valdremos de las “denuncias” de los usuarios de CityCop y Oincs, así como de noticias de prensa sobre la temática de la inseguridad y también de estas aplicaciones, haciendo especial hincapié en los comentarios de los foros de dichas páginas. De esta forma se pretende acceder a qué produce el miedo en la ciudad, qué causas se le atribuyen y qué respuestas se trazan, así como una reflexión de corte macrosocial sobre qué efectos produce esta inalcanzable búsqueda de seguridad.

Un punto central de este trabajo consiste en el denominado “mapeo mental”, el cual busca explicar de qué forma las personas arman y desarman la ciudad. Para ello se tiene en cuenta el miedo como categoría fundamental que lleva, en muchos casos a evitar la otredad, cuando en otros, a la búsqueda de acciones ofensivas, de odio y deseos de eliminación. El mapa mental es componente fundamental de las aplicaciones, que generan una suerte de ilusión de poder desplazarse por la ciudad sabiendo de antemano qué estará allí. La ilusión de control y dominio que evite lo indeseado se pone en marcha, y en última instancia se juega la utopía de poder entender a la ciudad con solo “dar un vistazo” en el mapa de la app.

Por último, esta monografía no puede dejar de desconocer el juego entre aquello que es considerado como producto y lo que se toma como productor. ¿En cuánto el usuario de la aplicación responde a las tendencias individualistas y culpabilizadoras?

¿Qué margen tiene a su vez de creación y capacidad de producir nuevos fenómenos? El individuo no puede ser visto simplemente como una cáscara vacía, o mero reproductor. Este individuo también transforma la realidad, produce algo nuevo, por lo que no podemos tomarlo como una simple respuesta de fenómenos y causas macrosociales que se encuentran por fuera de él.

Teniendo en cuenta la tradición marxista, se entiende a las personas, a los individuos (tomando la terminología utilizada en esta monografía), en su capacidad de transformar la naturaleza mediante el trabajo. Es esta transformación la que transforma a su vez a las personas mismas en este movimiento dialéctico. De esta manera, tanto CityCop como Oincs transforman la ciudad, construyen realidad, al igual que los usuarios de las mismas forman parte de un movimiento mayor del que quizás no pueden terminar de identificar.

Este movimiento al que nos referimos tiene que ver con un clima de violencia social en aumento, en el que las respuestas que se plantean frente a la inseguridad llevan en sí mismas la misma lógica con la que es sentida la amenaza. Esta respuesta que dista de ser racional lleva a la producción de un constante sentimiento de miedo y de inseguridad. Un sentimiento que aparenta resistir todo análisis y toda acción ofensiva. Cada dos pasos, parece que el miedo avanza cuatro.

Por último, es preciso mencionar que este trabajo no se encuentra en condiciones de realizar una análisis pormenorizado de cómo se produce el miedo, ya sea desagregado en franjas económicas, educativas, etc. La bibliografía manejada se centrará más bien en procesos que tienden a realizar los sectores medios y altos a nivel económico, como puede ser la retirada hacia barrios privados o la contratación de servicios para estar más protegidos.

Sin embargo, el miedo y la desconfianza al otro, es un fenómeno social que atraviesa todos los estratos socioeconómicos. De esta forma, cuando se hable del “alejamiento” en este trabajo, se realizará un doble juego entre su sentido literal y simbólico. Nos referimos a que comprarse un arma por ejemplo, accesible a cualquier estrato socioeconómico, implica también un alejamiento en términos de violencia y desconfianza. En este sentido, alejarse del otro diferente, es alejarse también de la ciudad.

Lado A - Inseguridad y despersonalización de la sociedad

La inseguridad social en la modernidad

La propiedad social en los intersticios de la propiedad privada

Menciona Robert Castel (2004)³ que a partir de la década del 70' el Estado Nación encuentra crecientes problemas en disponer la economía al servicio del equilibrio social. El movimiento que comienza en el S. XX -pero tiene su auge entre las décadas del 40' y 70'- descubre su freno en manos de los defensores neoliberales desde donde se reclamará por un Estado “más chico” y menos interventor. Lo anterior no implica que el Estado pierda su fuerza, ya que los intereses económicos se defienden con “uñas y dientes”, considerando que para asegurar libertad de mercado es necesario intervenir en aras de lograrlo y mantenerlo. Este es el Estado neoliberal que se repliega a sabiendas de lo que implica dicho repliegue, dejando margen de libertad a la acción empresarial y revelando toda su fuerza en la defensa de este nuevo modelo.

En América Latina este cambio viene acompasado en muchos países por golpes de Estado que contaron con el apoyo y la capacitación de Estados Unidos en la defensa del nuevo modelo. El neoliberalismo se impone entonces en la región de forma poco natural, bastante menos armónica diríamos de lo que correspondería si fuera, como defienden sus teóricos, un producto del devenir histórico.

Es en el marco de las dictaduras que el neoliberalismo comienza a abrirse paso. Posteriormente, la década de los 90' se coloca con gran fuerza en la región a modo de “parte-aguas”. Las tendencias neoliberales que se desatan veinte años antes encuentran un nuevo empuje. Se registra sobre todo una fuerte intromisión por parte de las agencias multilaterales de crédito, como el FMI y el BM, que dictan los nuevos lineamientos a seguir en cuanto a política económica y social. Dicho cambio en el paradigma productivo es acompasado de otro importante cambio consecuencia directa de este: nos referimos al estatus del individuo⁴.

3 Con una mirada expresamente eurocentrada

4 Si bien reconocemos que el abordaje de Robert Castel se centra claramente en los Estados europeos, sino el francés particularmente, entendemos que el análisis del autor es determinante para explicar los cambios que introduce la modernidad en nuestra región

El surgimiento de la modernidad implica también el surgimiento de la figura del individuo⁵. A partir del S. XIX el individuo es llamado a vender su fuerza de trabajo, liberado así de las ataduras feudales. Su reproducción pasa a depender del mercado en donde se genera esta pseudo libertad de vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario.

En este marco, se coloca un fenómeno que se magnifica dentro del período neoliberal, nos referimos a la lógica de la culpabilización. Si el individuo es llamado a ser “libre”, siguiendo estos supuestos, cualquier inconveniente en lo que a su reproducción social respecta, será pura y exclusivamente responsabilidad de éste. Lo interesante es que los individuos son responsables de su destino, pero los trabajos a los que acceden y qué derechos y protecciones se asocian a ellos, son variables que escapan a los propios trabajadores.

En los comienzos del capitalismo y en pleno desarrollo de la industria, el trabajo apenas alcanzaba para asegurar la reproducción del obrero. Los derechos y las protecciones no se encontraban asociadas con el trabajo, es por eso que las personas literalmente tenían que trabajar hasta la muerte a menos que contaran con redes de proximidad que le garantizaran los cuidados. Aquellos que carecían de la aptitud para trabajar (ya sea por accidente, enfermedad, entre otras) y de redes de proximidad, se transformaban en vagabundos e indeseables, mientras que si encontraban algo de suerte, podían llegar ser socorridos por la ayuda filantrópica. Pero la ayuda filantrópica no genera derechos. La persona aquí no puede exigir protección alguna, simplemente se limita a pedir. Con algo de fortuna y demostrando ser buen pobre, podrá contar con la ayuda (¿desinteresada?) de los filántropos⁶.

Frente a esta desprotección que instala la modernidad al crear la figura del individuo y desligarlo de las redes de proximidad, la única forma de poder enfrentarse a los riesgos que implica vivir en sociedad es mediante la propiedad privada. Así la figura del propietario se reconfigura con un nuevo valor sin precedentes hasta la época. El

también.

5 Figura que posteriormente será exacerbada en el período neoliberal.

6 “La caridad y sólo la caridad salvará al mundo” señalaba el sacerdote Luis Orione a fines del S. XIX, con una frase que en bella forma se muestra como fiel defensora del status quo y del mantenimiento de las desigualdades sociales.

propietario pasa a ser aquel que cuenta con la capacidad de enfrentar los riesgos sociales; es aquel que puede “hacer sociedad”, porque cuenta con el conjunto de soportes necesarios para entrar en relaciones de reciprocidad, en relaciones no de iguales pero sí de semejantes (Castel, 2004)⁷. El propietario puede dejar de trabajar cuando no tenga la edad suficiente para desempeñarse o en caso de enfermedad. Es la propiedad la que le asegura una continuidad en las discontinuidades, continuidad de la que carecía el obrero a comienzos del capitalismo.

Tomemos como ejemplo los derechos políticos, más precisamente el derecho al sufragio que al comienzo de la modernidad solo podía ser ejercido por los propietarios. Los no-propietarios eran no-individuos (Castel, 2010), ya que la propiedad no consistía (ni consiste) exclusivamente en los bienes que se posee, sino en los derechos que generaba.

Este conjunto de derechos asociados a la propiedad nos dan la pauta de qué función pasó a jugar ésta en la modernidad. No consistió simplemente en un conjunto de bienes, sino en asegurar que las personas puedan “hacer sociedad”, estableciendo relaciones contractuales y de reciprocidad (Castel, 2004). Esto implica que los individuos estén cubiertos frente a los riesgos sociales, implica contar con soportes que permitan esta continuidad frente a los avatares propios de vivir en sociedad.

Con el crecimiento de la industrialización y el crecimiento del asalariado, tanto en lo cuantitativo como en el progresivo desarrollo intelectual y sindical, la tensión entre el trabajo y la falta de derechos que se asocian a este comienza a hacerse más evidente (agravado a su vez por las míseras condiciones de vida de los obreros del S. XIX).

Es entonces que a principios del S. XX, lentamente, comienzan a asociarse un conjunto de derechos y protecciones al trabajo. Esto es nada más y nada menos que generar un estatuto del empleo, consistiendo en la gestación del Estado social. Es mediante un conjunto de derechos asociados al trabajo -que en su condición de tal son exigibles-, que las personas comienzan a estar protegidas.

⁷ “Una sociedad de semejantes es una sociedad diferenciada, por lo tanto jerarquizada, pero en la cual todos los miembros pueden mantener relaciones de interdependencia porque disponen de un fondo de recursos comunes y derechos comunes” (Castel, 2004: 46).

Entre los intersticios de la propiedad privada, comienza a erigirse la propiedad social como forma de alcanzar a aquellas personas que no tienen los propios medios para protegerse en el mercado, nos referimos a los no-propietarios. Este edificio de protecciones se encuentra sostenido sobre el trabajo y el aporte de los trabajadores, pero su alcance supera este grupo, llegando a aquellos sectores que quedan por fuera de la esfera del trabajo. Pensión a la vejez, pensión por discapacidad, seguro por enfermedad, seguro por accidente laboral, seguro de paro, etc. El Estado social provee los medios necesarios para que las personas tengan un mínimo de protecciones que les permitan entrar en relaciones de interdependencia. Claramente quienes se encuentren dentro de los seguros o pensiones que compensen la falta de trabajo, no estarán en igualdad de condiciones con los trabajadores, y esto es importante remarcarlo. El Estado social no borra las diferencias sino que produce los mecanismos para desarrollar una sociedad de semejantes (Castel, 2004). Esto quiere decir que todos los individuos poseen un conjunto de protecciones, derechos exigibles, que les aseguran los mecanismos sociales básicos capaces de garantizar la reproducción cotidiana y los soportes para establecer relaciones de reciprocidad.

Estos lineamientos del Estado social los podemos observar en Uruguay a mediados del S. XX con el Modelo de Sustitución de Importaciones (MSI) –teniendo en cuenta las diferencias propias de la región-. El rol estatal como empleador y la existencia de pequeñas empresas familiares, sumado a las bajas tasas de desempleo y de informalidad, hacían de Uruguay uno de los países con mejores tasas en lo que al bienestar respecta (Kaztman, 2005). El MSI no alcanzaba a cubrir a todos, dejando mayormente por fuera a los trabajadores rurales e informales. De todas formas, es preciso señalar que gran parte de la población de Uruguay se encontraba con empleos estables y con una reinante esperanza de movilidad social (Kaztman, 2005). El trabajo entonces era atractivo de una forma que dejará de serlo para amplios sectores de la población, a partir de la década de los 70’.

El Estado social puede funcionar sólo en un estadio de crecimiento económico, como en su momento lo fue el MSI, donde el pleno empleo estaba prácticamente garantizado. Funciona siempre y cuando el trabajo esté asegurado; funciona porque una vez que el trabajador obtiene empleo, es probable que se mantenga allí, salvo que decida cambiar para otro. El trabajo consistía en una fuente de seguridad, de certezas, y el

hecho de ser trabajador acarrea un conjunto de derechos que parecían, al momento, inamovibles, casi que destinados a “ser” hasta el fin de los tiempos.

Por otro lado hay que enfatizar el papel de los sindicatos en la nueva coyuntura, ya que los derechos que se van asociando progresivamente al empleo son derechos negociados colectivamente. No es el trabajador en una pseudo negociación con el empleador, sino que es el propio colectivo el que brinda seguridad al individuo oficiando de contrapeso en las negociaciones entre el capital y el trabajo.

Dos factores son señalados por Castel (2004) como determinantes en el aumento de las incertidumbres a partir de la década del 70': el debilitamiento del Estado social con el nuevo protagonismo de las empresas que asumen ahora el liderazgo y el debilitamiento de las organizaciones colectivas. Con respecto al primero, como indica Kaztman (2005) para el caso uruguayo, el Estado comienza a disminuir su rol como empleador, cediendo cada vez más terreno a la empresa en la búsqueda de la competitividad. En cuanto al segundo, también resalta el autor el importante papel que jugaban los sindicatos, conjuntamente con el Estado, en regular las relaciones capital-trabajo. Este debilitamiento, reforzado por procesos de individualización, dejan a las personas cada vez más desprotegidas. Al mismo tiempo, avanza sobre las conquistas al respecto de la desmercantilización de la protección tejida en el Estado social.

El Estado social comienza a ser cuestionado no solo a nivel de lo organizacional, por ejemplo en lo que respecta al peso fiscal y la burocracia que genera, sino a nivel ético. Se lo cuestiona desde sus cimientos más básicos y fundamentales, se cuestiona su espíritu. Aquí registramos una vuelta a los preceptos liberales, en donde el Estado debe dejar paso al mercado, siendo este el natural (y por ende justo) asignador de recursos en base a los esfuerzos individuales.

Existe en este proceso una suerte de cinismo por parte del Estado neoliberal, o deberíamos decir por parte de la ética neoliberal. Mencionamos que el individuo precisa protecciones, ya que es en su propia condición de tal que carece de soportes que le aseguren autonomía. Es justamente a este individuo carente de protecciones al que se le celebra su nueva libertad y se le encomienda ser responsable de sí mismo. En el momento en que se lo libera de toda protección y soporte, salvo de la que pueda obtener en el mercado, se le encomienda realizar su propia biografía, tratando de armar así las piezas de un rompecabezas que nunca terminarán de encajar.

El Régimen Neoliberal y su penetración ideológica

Mencionamos que la crítica al Estado social es efectuada desde sus cimientos. Si bien esta crítica a nivel explícito se revela claramente desde un enfoque economicista, es mucho más que esto, ya que en forma implícita tiene imbricaciones éticas que impactan en los marcos culturales e ideológicos de la sociedad. En este sentido, la crítica y el planteamiento neoliberal, así como sus efectos, exceden lo puramente económico.

El neoliberalismo está lejos entonces de ser una simple postura o lectura economicista de la sociedad. Hacemos nuestras las ideas de Rebellato (1995) al afirmar que el neoliberalismo supone una postura ideológica, ética y cultural. Si bien tiene su anclaje y énfasis en el plano económico, el autor se cuestiona de qué forma logra una penetración⁸ en los sistemas culturales e ideológicos. Teniendo en cuenta el tema a abordar en esta monografía de cómo se produce, reproduce y qué papel juega el miedo en la ciudad, no podemos dejar de relacionarlo con la ética neoliberal que impacta en la vida cotidiana de las personas, en sus valoraciones y en los tipos de relaciones que entablarán y esperarán.

"No hay que irse por las ramas con este tema. Los problemas éticos y morales hay que colgarlos en la pared (...) Esto es chorros contra honestos" señala el médico y sobreviviente de la "Tragedia de los Andes" Roberto Canessa en una nota realizada en el diario El País digital⁹. De esta forma, reproduciendo la lógica neoliberal se pretende borrar toda reflexión ética. La inseguridad en este caso aparece como un problema en sí mismo, sin haber conexión alguna con causas de orden estructural. Se reclaman entonces medidas concretas, que apuntan generalmente a lo represivo desde un lugar pretendidamente técnico-aséptico, como si pudiera hacerse una reflexión social eludiendo consideraciones de orden ético.

La ética neoliberal define al mercado como la institución perfecta, manteniendo un discurso sacralizador (Vergara, 2002) y apologético del mercado. Parafraseando este

8 Penetración que es indispensable para que el sistema funciona como un todo.

9 "El plan de seguridad ya está en marcha" titula Diego Castro (s/f). En esta nota Canessa se explora básicamente sobre lo que considera son las causas de la inseguridad en la ciudad y en cómo combatirlas.

discurso, Rebellato (1995: 24) señala: “el orden jurídico y moral de las instituciones sociales, así como las tradiciones, no han sido establecidos por los hombres en virtud de un acuerdo racional. Son el resultado de la evolución que, cual *mano invisible* ha generado la emergencia del conjunto de tendencias implícitas en el orden extenso”. Este orden se considera como natural, producto del devenir, regido por leyes que son independientes de la voluntad humana (Lechner, 1986).

La sociedad no se considera como un producto histórico en el cual las personas sean las propias productoras¹⁰, sino que el orden extenso responde a las leyes naturales del mercado. Leyes que dentro del discurso neoliberal pueden distorsionarse o perfeccionarse, pero nunca modificarse, lo que implica considerar a la realidad como una “materialidad preexistente a su formación social” (Lechner, 1986: 19).

Si se plantea a la sociedad regida por un conjunto de leyes que exceden y determinan a las personas, colocando al orden extenso como un producto natural de la evolución, no hay posibilidad alguna de una construcción racional alternativa, solamente aceptar la resignación y seguir las reglas de juego. El neoliberalismo excluye toda posibilidad de alcanzar un consenso sobre un proyecto ético de alcance universal, ya que afirma que la realidad no es producto de una creación teológica sino de un orden espontáneo (Lechner 1986). Sin embargo dicha postura es claramente una reflexión ética e ideológica que se encuentra en el centro de la crítica y cosmovisión neoliberal.

Como dijimos, la ética de mercado plantea que el mismo se encuentra regido por un conjunto de leyes que no se pueden modificar en su sentido más profundo ya que no depende de las personas. Sin embargo, el mercado precisa reglas y precisa regulación debido a que es una construcción y como tal precisa cierto orden y cierta garantía. Si seguimos el discurso neoliberal tendríamos que arribar indefectiblemente a un Estado que simplemente sea juez y gendarme, pero las funciones del Estado neoliberal exceden claramente esta tarea. La libertad de mercado solo puede asegurarse con leyes fuertes que permitan esta des-regulación. Pero la des-regulación hay que regularla, y también hay que asegurarla, con leyes económicas creadas por personas para defender intereses particulares.

¹⁰ He aquí una explicación de porqué esta ética se plantea como el fin de la historia, cerrando cualquier posibilidad de una utopía solidaria y más que nada igualitaria en donde todos quepan.

En 1981, uno de los mayores abanderados teóricos neoliberales, Friedrich Von Hayek, expresa en el diario “El Mercurio” al respecto de la dictadura chilena que, si bien se declaraba partidario de un gobierno no interventor, el poder absoluto puede considerarse como un mal necesario en forma de pasaje hacia un estado liberal. De esta forma puede verse cómo esta ética al servicio de la reproducción del status quo y las desigualdades sociales, es defendida “con uñas y dientes” por un Estado con la fuerza suficiente para garantizar el orden neoliberal. Por otro lado, sin siquiera nombrar las atrocidades a las que fueron sometidas miles de personas, la dictadura y el terrorismo de Estado aparecen justificados, como si la vida que queda en el camino no importara.

La defensa a la lógica de mercado atenta contra la propia vida, transformando la sociedad en un “sálvese quien pueda” y a costa de quien pueda. El neoliberalismo “[no] acepta el derecho a la vida de todos, pues somete la vida humana a la lógica de reproducción de la lógica del mercado” (Mera, 1983 en Vergara, 2002: 6). Como ilustra el ejemplo arriba mencionado, en la defensa (en principio transitoria) del orden totalitario y las atrocidades que genera, podemos ver cómo la persona pierde toda importancia en detrimento del mercado. Esto se condice con uno de los supuestos más fuertes defendido por los neoliberales como es el de la competencia (Rebellato, 1995) que en Hayek aparece ligada a otra palabra recurrente en el menú neoliberal: eficacia. Es mediante la competencia que la sociedad alcanza el progreso. Pero no hay que olvidar, una vez que entramos en el discurso neoliberal, algo que se “descuida” desde esta concepción ética: la existencia de personas por detrás del discurso. La competencia es entre personas, en donde la solidaridad y la cooperación aparecen como limitantes para sociedades complejas (Hayek, 1990 en Rebellato 1995).

La lógica individual se avala, en gran parte, desde principios éticos que marcan un clima de violencia y desconfianza. En este marco, el otro pasa a tener una relevancia, ya sea positiva (como herramienta para lograr un objetivo particular) o negativa (a modo de obstáculo que es preciso sortear o derribar para alcanzar las metas propias). Es entonces un otro negado, excluyéndose así toda posibilidad de solidaridad y fraternidad (Assman, 1994 en Rebellato; 1995).

Cambios en el mundo del trabajo en la era del regreso

La ética de mercado y la ética neoliberal vuelven a colocar en el centro de la cuestión a la propiedad privada teniendo en cuenta al mercado como el natural asignador de recursos. Si bien la propiedad privada no surge con la modernidad, es en ésta donde se resignifica, convirtiéndose en el factor por excelencia mediante el cual las personas encuentran protección frente a los riesgos de vivir en sociedad, sobre todo en base a la pérdida de las redes de proximidad. La falta de propiedad implicaba desprotección; lo que en un tiempo ocuparon la familia y los cuerpos de oficio, posteriormente fue la propiedad la convocada a suplir este papel (Castel, 2004).

Desde la creación de los Estados modernos a la actualidad, la propiedad privada ha asegurado a las personas de los riesgos de vivir en sociedad. Sin embargo, es durante el Estado social en que ésta deja de ser la forma exclusiva mediante el cual las personas encuentran protección social en caso de que no desarrollen el recorrido esperado. La propiedad social no sustituye a la propiedad privada, ni tampoco pretende amenazarla, sino que crece entre sus intersticios, sustentada en base al empleo y al estatuto que se desprende del mismo. El pleno empleo se convierte entonces en la obsesión de los Estados Sociales, ya que es a partir de este que se financia todo el edificio de protecciones.

A partir de la década del 70' el Estado comenzará a debilitarse y dismantelarse progresivamente, en el marco de una avanzada neoliberal que tendrá su punto máximo en la década de los 90'. Se producen en este período profundas transformaciones en el capital que impactan a su vez en el mundo del trabajo.

En el período neoliberal el capital se presenta despersonalizado, sin un tiempo ni un lugar visible como lo muestra el capital financiero (Castel, 2010). Las empresas se fragmentan, los productos ya no se arman todos en un mismo lugar, ni siquiera en el país de donde es la empresa¹¹. El capital se mueve por todo el mundo, es el surgimiento de la aldea globalizada y la búsqueda de competitividad en su sentido más despiadado. Una competitividad que pasa por asegurar al capital las mejores condiciones para atraer la inversión. En otras palabras: pocas regulaciones y bajos salarios.

¹¹ Cabe preguntarse en muchos casos: ¿es posible establecer que la empresa es de un determinado país?

Haciendo referencia a la discusión ética, y a los supuestos neoliberales analizados previamente, Lechner (1986: 20) señala: “si el mercado y las relaciones capitalistas de producción son una realidad objetiva y dejan de ser objeto de discusión y decisión política, entonces también los requisitos implícitos, como el «libre mercado de trabajo», son «imperativos técnicos» que no cabe cuestionar” (Lechner, 1986: 20). Con esto se hace referencia a, que si el neoliberalismo se plantea como producto natural del devenir, y al cual no tiene sentido imponer resistencia, quedan por fuera de toda crítica los mecanismos mediante los cuales se alcanza éste, como lo son el contrato a término o la tercerización. Estos fenómenos se encuentran dados por sentado, y son libres de cuestionamiento alguno en base a que aseguran lo que nada más y nada menos es el producto de la evolución. Ello plantea una creciente incertidumbre que se instala en el corazón mismo del mundo del trabajo.

Los cambios que operan en el mundo del trabajo no impactan a todos de igual forma, teniendo en cuenta la re-valorización de la propiedad privada. Para el caso uruguayo, se genera a partir de la década del 70’ una brecha entre los trabajadores calificados y los no calificados. Por otro lado, se registra un repliegue estatal que impacta en la cantidad y en la calidad de los puestos de trabajo, ya que muchas personas tendrán que recurrir a la informalidad (Kaztman, 2005). Existe entonces un diferencial impacto del desempleo, afectando principalmente a los hogares más pobres.

El desmantelamiento del Estado social¹² implicó un gran impacto en el estatuto del empleo, debilitando las protecciones que desde mediados del S. XX se asociaban al trabajo. Actualmente Uruguay cuenta con un bajo desempleo¹³, pero si bien el trabajo se encuentra en mayor o menor grado generalizado, ¿qué tipo de trabajo se ofrece? La informalidad es uno de los fenómenos que afecta profundamente a los uruguayos, ya que coloca al trabajador en un lugar de gran desprotección, desligado de leyes laborales que lo amparen. Se registran entonces procesos de precarización laboral y una marcada incertidumbre, que conducen a que el trabajo no sea ese recinto seguro retratado por Robert Castel para la era del Estado social.

12 En el caso uruguayo, el desmantelamiento del Estado social puede considerarse análogo al desmantelamiento del Modelo de Sustitución de Importaciones.

13 La tasa de desempleo fue de un 6,5% para el año 2012 y 2013, mientras que en el 2014 se ubicó en un 6,6% según datos del INE – Consultado el 28/09/15 en:
<http://www5.ine.gub.uy/actividad/empydesemp.asp>

La nueva ética neoliberal de mercado pauta un regreso a la figura del individuo liberado del peso estatal, en la que debe encontrar las formas de protegerse y asegurarse el porvenir. Decimos “regreso” ya que, si bien la figura del individuo es propia de comienzos de la modernidad, existen diversas modificaciones propias de la actual coyuntura y del nuevo marco intelectual desde el cual se re-toma y re-actualiza esta noción.

En este contexto hay también una reconfiguración del papel que le corresponde a la protección social. De la lógica anclada en un marco de derechos exigibles, se pasa a la lógica del beneficio. En ella la protección sería algo digno de ser “ganado”, ya que las personas serían culpables por haber “caído” en esa situación. Si se asume que el individuo es una persona autónoma que no precisa de otra cosa que su voluntad para “salir adelante”, es el responsable del destino que se vaya forjando: “(...) resulta innegable que con esta individualización de las tareas y de las trayectorias profesionales asistimos también a una responsabilización de los agentes. Son ellos los que deben afrontar las situaciones, asumir el cambio, hacerse cargo de sí mismos. De alguna manera, el 'operador' está liberado de las coerciones colectivas que podían ser aplastantes, como en el marco de la organización tayloriana del trabajo. Pero en cierto modo está *obligado a ser libre*, se le impone ser capaz de un buen desempeño, a pesar de estar en gran medida librado a sí mismo” (Castel, 2004: 60).

Castel (2004) indica lo que llama ingenuidad neoliberal, en cuanto se exige autonomía a las personas que justamente no cuentan con los soportes necesarios para ser independientes. Más que ingenuidad creemos que es un tipo de ética y de desprecio por (gran parte de) la humanidad. De esta forma, se promueve un orden en el cual el acceso a las protecciones sociales se encuentra totalmente diferenciado según el mercado, dejando a grandes segmentos de la población en una situación de exclusión o de gran vulnerabilidad frente a los avatares propios de vivir en sociedad.

En el marco del regreso al individuo y de los procesos de re-individualización y culpabilización, se registra también una individualización de las protecciones sociales: “(...) se ha insistido en que el conjunto de los dispositivos de protección social hoy parecen atravesado por una tendencia a la individualización, o a la personalización, que apunta a vincular el otorgamiento de una prestación con la consideración de la situación específica y la conducta personal de los beneficiarios” (Castel, 2004: 100). Es un

proceso que va de la mano con las políticas de focalización y “combate a la pobreza” (Baráibar, 2005) que se plantean desde la década de los 90’. Se trata de un pasaje de los derechos incondicionalmente exigibles, propios del Estado social, a la atención sobre la emergencia: de la protección colectiva a la asistencia guiada por la lógica individual y culpabilizante.

La asistencia en el marco neoliberal no recae sobre el trabajador sino sobre el pobre, ya que se atiende al sector residual de la sociedad, aquel que encuentra seriamente comprometida su posibilidad de reproducción social. De esta forma se marca una escisión entre el trabajador y el pobre. Pero los pobres trabajan, y el Estado no puede asegurar los soportes necesarios para que puedan ser realmente individuos autónomos.

“Puede comprenderse así que la desocupación masiva, la precarización de las relaciones de trabajo y su degradación a través de la multiplicación de actividades por debajo de empleo no son solamente peripecias enojosas que afectan el mercado de trabajo. La ausencia de empleo y la degradación del estatuto del empleo socavan y corren el riesgo de arruinar el principal pilar a partir del cual el Estado social desplegaba su papel protector. Mientras que el estatuto del empleo consistía el parapeto contra la mercantilización del trabajo, su cuestionamiento abre el camino a su remercantilización” (Castel, 2010: 160).

Reiteramos, el trabajo sigue siendo central, y es mediante éste que se accede a las protecciones más importantes. El problema es cuando el trabajo, si bien está, no se encuentra en condiciones de garantizar la protección social.

Señala Kaztman (2005: 376) para el caso uruguayo: “si se consideran las caídas del empleo estatal, del empleo industrial en empresas de 5 personas y más (predominantemente formalizado), de la cobertura de la seguridad social en otras ocupaciones, y el incremento en las tasas de desempleo, se puede estimar que entre 1980 y el año 2001 las chances para la población activa de incorporarse a un empleo estable y formalizado se redujeron casi a la mitad”.

La consistencia que pierde el trabajo refiere al papel protector que el mismo no se encuentra en condiciones de cumplir. Fenómenos como la informalidad determinan que muchos trabajadores se encuentren por fuera del derecho, revelando esta debilidad

del trabajo en constituirse en un soporte al que se le puedan asociar derechos y protecciones (Castel, 2004).

El empleo se vuelve escurridizo: un tiempo aquí y un tiempo allá, arreglar cuánto se paga formal y cuanto “por fuera”; y es que el trabajo ya no puede ser un horizonte estable (Kessler, 2012). La experiencia pasa ahora a estar signada por una constante inseguridad.

Sobre la categoría de persona. Los nuevos ritos sociales

Teniendo en cuenta el enfoque de Castel (2004) sobre aquellos individuos que no podrán entrar en relaciones de semejantes por falta de soportes, no pudiendo por ende “hacer sociedad”, nos parece válido plantear la siguiente interrogante: si un individuo no se encuentra dentro de los márgenes de lo social, ¿puede ser considerado una persona?

Luego de la segunda postguerra, la categoría de “persona” es resignificada en el marco de la creación de los Derechos Humanos como respuesta a los atropellos del Estado Total (Mujica, 2009). Si bien en términos formales, luego de este momento la vida de la persona y la vida del ser viviente se hacen una (Mujica, 2009), ¿qué pasa en términos prácticos? ¿Qué sucede en las prácticas cotidianas, en los miedos que determinan formas de actuar y sentir? Indica Mujica (2009: 12) que “(...) la persona, si bien tiene un sustento biológico, constituye más una categoría cultural, en donde lo jurídico tiene un rol protagónico”.

“En la vida práctica las personas no son siempre consideradas como tales (porque se mantienen los aparatos de exclusión, de segregación, de discriminación), desde el punto de vista de los “derechos” todos los vivientes humanos aparecen “naturalmente” como personas” (Mujica, 2009: 50). El miedo como tal puede entonces quitar la calidad de persona en términos prácticos. Esto sucede comúnmente en el enfrentamiento con ese otro considerado peligroso y en el cual se deposita el miedo. Si bien el miedo es algo abstracto y complejo, se inviste de una forma simple, muy clara, diríamos incluso que medible a los ojos del sociólogo espontáneo. Es la vestimenta, la edad, la mirada, la forma de “andar”; el miedo desemboca en personas a las que se les teme y sobre las cuales se reacciona (ya sea por ejemplo mediante la evasión).

En el Lado B del presente trabajo expondremos comentarios tanto de usuarios de las app analizadas así como de foros de noticias de páginas web. En ellos veremos cómo muchas veces estos sujetos peligrosos no son considerados personas, propiciando por ejemplo que se clame, lisa y llanamente por su erradicación. Si bien en términos formales un ser vivo es una persona, teniendo en cuenta el conjunto de derechos que se le asocian, ¿qué sucede en términos prácticos en el manejo en la ciudad?

En base al análisis de Jaris Mujica (2009) sobre los rituales de diversas tribus mediante los cuales los seres vivientes se convierten en “personas”, nos planteamos: ¿qué tanto de esto se pone en juego actualmente? Si bien es cierto que no tenemos ningún ritual claramente identificable, esto no quiere decir que no existan, ya que en términos prácticos no hay una directa asociación entre el ser viviente y la persona.

Acercando los enfoques de Mujica y Castel, la categoría de persona se encuentra determinada en gran parte por la relación que ésta tiene con el mundo del trabajo y las protecciones asociadas al mismo. Es esta relación la que determina qué vínculo tiene el individuo con el resto de los miembros de la sociedad. Un individuo desvinculado totalmente del mundo del trabajo y sin protección alguna, no tiene autonomía ni soportes que le permitan entrar en relaciones de semejantes. ¿Podemos considerarlo entonces una persona? “(...) ¿no es la vida de la persona la constitución plena de derechos en el mundo social y no solamente la vida del viviente?” (Mujica, 2009: 17) “Persona es el sujeto que tiene derechos en su mundo social” (Mujica, 2009: 29).

Muchos de los derechos que se le adjudican a la persona, como puede ser el derecho a la vivienda, se adquieren mediante el trabajo y las protecciones asociadas a este. De esta forma, aquellos que no accedan al trabajo, o accedan en forma precaria, no tendrán los mismos derechos que los trabajadores, generándose así los mecanismos para que pierdan la calidad de personas.

En este sentido, los procesos de precarización del mundo laboral degradan tanto el estatus del trabajo como el de la persona. En términos prácticos del manejo en la ciudad, las no-personas aparecen asociadas directamente como sujetos peligrosos, aquellos que significan una posibilidad de daño por parte del observador. Una vez que el otro es convertido en una no-persona, cualquier clase de atropello contra ésta será válido. Incluso podrá ser justificado, como una forma de erradicar aquella mala influencia que ejerce sobre la sociedad.

“Durante mucho tiempo y en varios lugares del mundo, ser-persona era un estatus que debía ganarse, pues se adquiría demostrando ciertos logros o atravesando complejos ritos de paso” (Mujica, 2009: 25). ¿Estamos realmente lejos de los ritos que plantea Mujica para ser una persona? “Los derechos humanos para humanos derechos” es una frase que ilustra claramente la distinción, no formal, pero si práctica. El “chorro

contra honestos” parece colocarse como bandera de lucha de otra que la precede, nos referimos a la lucha entre personas y seres vivientes.

Esta dinámica puede observarse en los discursos sobre la inseguridad. Parece que el ladrón, el rapiñero, o todo aquel que se parezca remotamente al estereotipo que se tenga de sujeto peligroso, corre el riesgo de perder su calidad de persona. Pero no es cualquier individuo que infrinja la ley quien entre en esta categoría: la evasión de impuestos, la explotación salarial e incluso la violencia doméstica, entre otras, no suelen aparecer en el imaginario colectivo como delitos pasibles de remover la categoría de persona. Cuando se clama por la eliminación, el acento no se coloca sobre quienes incurren en estos delitos, sino sobre aquellos individuos depositarios del miedo en la ciudad. Aún cuando es más probable que las personas sean víctima de delitos de “cuello blanco” o de explotaciones salariales, estos aparecen naturalizados, recayendo la indignación sobre los sujetos peligrosos

Teniendo en cuenta la degradación del estatuto del trabajo, muchos individuos quedan por fuera de lo social. Son justamente estos los que muchas veces, en la vida práctica, pierden su calidad de personas siendo reducidos a seres vivientes. Actualmente entonces, ¿no funcionará el trabajo también como un silencioso ritual capaz de convertir seres vivientes en personas?

Cambios en el barrio

Cuando el otro se vuelve un estorbo, una molestia para que uno pueda desarrollarse, es cuando se lo niega como persona. En estos casos es menos que un ser biológico, ya que su sola presencia se torna insoportable. La posibilidad del daño, la amenaza que se siente frente a ese otro peligroso se transforma en desprecio, y es allí en donde la persona pierde su calidad de tal.

Con respecto a los cambios en el barrio, a partir de la década del 70' y teniendo en cuenta el concepto de marginalidad¹⁴, Donzelot (2009) señala un creciente rechazo al contacto con el otro, que pasa a ser visto como un inconveniente. Este abordaje ilustra de qué forma se deteriora la calidad de vida en la ciudad, teniendo en cuenta por ejemplo que los espacios públicos comienzan a ser temidos, lo que genera una reducción en la capacidad de desplazarse. Este desplazamiento que comienza a ser cada vez más temido produce mayores impactos a nivel social de lo que podría pensarse *a priori*. El barrio juega un rol clave en la vida urbana, articulando la lógica privada -y casi que oculta de la casa- con la vida pública de la ciudad (Machado, 2002). En el momento en que al barrio lo domina el miedo, lo que tiene de integración deviene en segregación, dando paso a la lógica del miedo y la aislación/retirada: “(...) el barrio (...) se transforma en un territorio estigmatizado y donde la circulación social se realiza por conocimientos y experiencias similares y limitadas, observable por la disminución y pérdida de centralidad de los espacios comunes” (Machado, 2002: 139).

En este marco es donde el habitante urbano pone a punto los mecanismos del “mapeo mental”, nos referimos al pasaje medido y cuasi estudiado para desplazarse de un lugar a otro de la ciudad. De la misma forma en que un ciclista sale y sopesa diversos factores (tráfico, subidas, bajadas, semáforos, y todo esto en relación a su propia capacidad cardiovascular y de manejo vial); el desplazamiento por la ciudad se transforma en una suerte de análisis FODA, lo que lleva a evitar ciertos lugares de desplazamiento que son considerados como peligrosos, buscando la ilusión de encontrar un “desplazamiento puro” liberado del estrés de los miedos urbanos. Reiteramos que

14 Dicho concepto surge en la década de los 80' como forma de denominar aquello que amenaza la tranquilidad de un territorio. Con ello se apuntaba especialmente hacia las transgresiones sociales que no son pasibles de ser penalizadas (Donzelot, 2009)

estos miedos responden en parte a los fenómenos de individualización y aislamiento que se registran en la ciudad, en los que la segregación espacial rompe con la función integradora que tenían los barrios. Es en esta homogenización que se pierde la diversidad del encuentro con el otro diferente (Machado, 2002).

Pero, ¿qué tienen de nuevo estos fenómenos? Es común escuchar el mito del Uruguay de mediados del S. XX, en el que la ciudad aparece colocada casi como un paraíso en donde todos tenían su pedacito de cielo: “(...) si bien los 'cantegriles', conventillos y 'casas de vecindad' de los años 50' podían poner cuestión el nivel de integración social que evocaba aquella imagen, también es cierto que la proporción de la población montevideana que residía en esos espacios era más reducida, la distribución del ingreso más homogénea y el nivel de riqueza por habitante más elevado, que la que exhibía casi cualquier otra gran ciudad latinoamericana” (Kaztman, 2005: 369)

Donzelot (2009) llama “nuevo problema urbano” al repliegue de los que cuentan con recursos para hacer sociedad de semejantes (no estamos muy lejos de Castel por lo visto). El autor señala que la ciudad previamente tenía una cualidad muy importante a nivel social, y consistía en confrontar a las personas con la diferencia (piénsese por ejemplo en la escuela pública). Previo a la ética neoliberal, la ciudad del S. XX ofrecía al ciudadano una confrontación casi permanente. Sí había diferencias, estigmatización y miedo, pero el contacto entre las personas era cercano, y la ciudad confrontaba a las personas a ese encuentro con el otro.

“En los últimos 20 años la distribución espacial de la población fue afectada por procesos de movilidad entre barrios que acentuaron la diferenciación social en la ciudad” (Kaztman, 2005: 384). Esta diferenciación es producto y productora de la “ciudad a la carta” que menciona Donzelot (2009), en la que las personas con recursos económicos pueden retirarse para hacer sociedad de semejantes. Una vez que, en base a los cambios en el mundo del trabajo comienza a haber una mayor diferenciación socio-económica entre los individuos y una mayor oferta para remarcar esta distancia, se tiende a la diferenciación de aquellos que cuentan con los recursos para hacerlo. Pero a su vez, esta diferenciación produce y reproduce una ciudad en la que la necesidad de control parece insaciable. Se pretende elegir a los vecinos, un barrio que no tenga un pasaje de personas indeseables, un barrio de similares que contrasta con la noción misma de barrio. En base a que la nueva ciudad no nos ofrece una oposición con el otro

(Donzelot, 1999), los espacios públicos comienzan a ser temidos y el desplazamiento en la ciudad se compromete cada vez más. El otro está lejos, y cuanto más lejos más peligroso.

El desplazamiento por la ciudad pasa a ser una preocupación tal magnitud que implica muchas veces una suerte de “profesionalización” por parte del habitante urbano, apoyado en los diversos servicios que se le ofrece, como las aplicaciones de celular analizadas en este trabajo. Aquí cobra especial relevancia el nuevo mercado de la (in)seguridad: alarmas, rejas, cercas eléctricas, vigilancia en los edificios, etc. El mercado se amplía y las necesidades a saciar son inagotables ya que el miedo es cada vez mayor.

¿Qué pasa con este movimiento de selección? ¿Genera que las personas que se recluyen sientan menos miedo? ¿O será al contrario? Las personas se recluyen cada vez más, y en este mismo movimiento es que el miedo y el sentimiento de inseguridad aumentan. El propio movimiento que pretende brindar seguridad marca una ruptura social que genera mayor miedo, mayor desconfianza. A mayor distancia, mayor miedo. A mayor miedo, mayor necesidad de seguir tomando distancia. Esto genera una contradicción debido a que la acción que pretende ser paliativa, brindar una solución, termina teniendo el efecto contrario. Se produce entonces una profecía autocumplida y una necesidad inagotable de seguridad, junto con una sensación de “no importa qué se haga la cosa está cada vez peor”.

Acá es donde las apps estudiadas y el mapeo mental se muestran indispensables. Es preciso asegurar a nivel de la ciudad un desplazamiento puro, alejado de las amenazas del orden civil. “De casa a la parada”, “de la parada al trabajo”, tratando de lograr vías de desplazamiento que no lleven a una confrontación con el otro peligroso e indeseable. Volvemos a afirmar, el mismo movimiento que lleva al aislamiento, la irrupción defensiva, produce más y más miedo. Lo que puede ser una tarea relativamente sencilla, será digna ahora de un análisis cuasi técnico, generando así una suerte de profesionalización del manejo en la ciudad.

El cambio en la ciudad consiste en un nuevo fenómeno tendiente a la separación, al aislamiento de los componentes según prejuicio económico, escolar, de seguridad, etcétera (Donzelot, 2009). Previamente se acentuaba la distinción, el reconocimiento frente al otro del estatus que se portaba. Actualmente esta distinción cede paso al ideal

del aislamiento, el repliegue y la evitación con el otro. Dicho cambio se produce de la mano de la diversidad de servicios que permiten y avalan una sociedad crecientemente diferenciada. Lejos de lo que señala Castel sobre la “sociedad de semejantes” -en base a una sociedad conformada por personas que formaran parte de un estatuto del trabajo capaz de garantizar a todos la posibilidad de hacer sociedad de semejantes entrando en relaciones de reciprocidad-, actualmente existe una búsqueda por una “sociedad de iguales” que consiste en asistir al mismo colegio, comprar en las mismas tiendas, vivir en el mismo barrio, etc.

La nueva configuración urbana estará signada entonces por una creciente tendencia a la homogenización. En lo que respecta al desempleo y a la delincuencia esto tiene un efecto tanto de producto como productor a nivel del barrio. Nos referimos a que si bien el barrio es producto de la actual coyuntura, al mismo tiempo opera como una máquina que reproduce y ancla estas situaciones. Kaztman (2005) menciona tres factores que convierten al barrio en un reproductor y en un fijador de situaciones de desempleo y vulnerabilidad socio-económica: 1) Las personas y las redes en general que puedan ser de utilidad para información y contactos se vuelven homogéneas 2) El impacto del barrio a la hora de buscar trabajo, sobre todo en base a procesos de estigmatización y discriminación sufrido mayormente por las personas que habitan las llamadas “zonas rojas”. 3) Ausencia de modelos de rol en los que el trabajo sea realmente un vía factible, sobre todo en cuanto a las aspiraciones de consumo. Aquí asoman los medios ilícitos como una posibilidad real de supervivencia teniendo en cuenta la falta de atracción del trabajo que expulsa a amplios sectores de la población.

Los factores mencionados por el autor, puesto el barrio como productor, dan clara cuenta de cómo se construyen las relaciones sociales en un contexto de fragmentación, entendiendo al barrio ahora como producto y teniendo en cuenta las causas estructurales analizadas en este trabajo -como son los cambios en el mundo del trabajo.

El cambio en la ciudad impacta a nivel de la localización de las personas en el espacio urbano y en la forma en que estas se vinculan (Kaztman, 2005). Es importante señalar el notorio crecimiento que han tenido los asentamientos irregulares en la ciudad de Montevideo en el momento en que esta comienza a perder su cualidad integradora. Esto pauta a su vez un gran crecimiento de las zonas periféricas, registrado por aquellos

que son desplazados del centro urbano, ya sea por una lógica inmobiliaria y una política que avala esta segregación, o por las propias intervenciones estatales que tienden a alejar a los más pobres del centro de la ciudad, como fueron los complejos habitacionales del INVE o los Núcleos Básicos Evolutivos (Machado, 2002).

“Si hasta hace unas décadas la ciudad se veía como una unidad territorial integrada, consolidada y compacta, con barrios y zonas definidas por una identidad funcional, común y congruente con la centralidad de un mundo del trabajo que se estructuraba en torno al empleo estatal e industrial formal, con el creciente predominio del empleo en los servicios, de carácter informal y precario ese escenario se transformó” (Kaztman, 2005: 385). Una ciudad que tironea, que separa, en la que la toma de distancia y el relacionamiento entre semejantes se vuelve el ideal cotidiano del habitante urbano.

La seguridad y certeza no se reclaman a nivel de las protecciones sociales, que serían las causas estructurales, sino sobre el orden civil que es consecuencia de este. En este sentido: la certidumbre se vincula al desplazamiento del usuario en la ciudad, la seguridad consiste en asegurarse no ser víctima de hurto, la certeza es querer anticipar con quien nos vamos a cruzar a la vuelta de la esquina.

Lado B - El miedo en la ciudad

Miedo Urbano – Abordaje Conceptual

“ahora no se puede salir a correr,
porque uno termina corriendo de los chorros,
por eso me compré un caminador eléctrico”¹⁵

No me gustan las salas de espera. Creo que nunca me gustaron, desde niño incluso. Supongo que no he terminado de sentirme cómodo allí, con esa dinámica. En el mes de julio del presente año esperaba mi turno con la doctora en la sala de espera mientras que el ambiente me iba resultando cada vez más intimidante. Todo empezó mal cuando al sentarme, una señora mayor me pregunta: “¿vos cantás?”. Le expliqué que tenía una banda pero que difícilmente me hubiera visto, y más cantar, actividad para la cual no soy nada agraciado. La señora me responde que no me había visto cantar, pero que si cantaba podía hacerlo allí, en la sala. Le expliqué que no era algo prudente para ninguno de los presentes y me limité a repasar apuntes de estudio.

En un momento, absorto en la lectura escucho que la señora que me instó a cantar junto con otro señor -que estaban hablando en forma considerablemente ruidosa- tocan el tema de la inseguridad. “Qué torpe!!!” pensé, por supuesto, la sala de espera es una ocasión privilegiada para tratar estos temas, algo así como el clima y el fútbol. Ahora bien, ¿por qué esto? ¿Mediante qué mecanismo se libera en la sala de espera esa suerte de confianza que permite plantear un tema sabiendo -creyendo saber- qué se va a recibir a continuación? No es un juego telepático ni mucho menos, es un juego de lectura, un juego de semejantes.

Esto nos devuelve al abordaje del miedo y a la importancia de tener un nosotros imaginario como señala Reguillo (2006). Es mediante este nosotros imaginario que se generan formas de respuesta estandarizadas frente a los objetos amenazantes. Más adelante a su vez haremos hincapié en la figura del objeto amenazante, porque tenemos

¹⁵ Diálogo presenciado en una sala de espera del médico entre un señor de unos 40 años aproximadamente y una señora mayor.

tanta incertidumbre en este período histórico que no podemos permitirnos una más; los objetos del miedo deben ser concretos y delimitados.

El nosotros imaginario está anclado a una cultura que no es para nada ajena al contexto, sino que responde a un tiempo y un lugar determinados, y a pesar de ser colectivo, su vivencia es por el contrario individual. Como señala Lechner (2002 en Filardo y Aguiar, 2010) el miedo generalizado al otro parece ser canalizado en el miedo al delincuente. La delincuencia pasa a percibirse como la principal amenaza de seguridad. Este delincuente que viene a hacernos un daño a nosotros, al yo individual, a “*mi*” familia; como sea la forma, la experiencia del miedo está colocada dentro del plano individual.

De todas maneras, si bien el miedo se experimenta en forma individual -en ese “frío que recorre la nuca al toparse con una de las criaturas de la noche”- su confirmación o negación se encuentran ancladas a comunidades de sentido.

Los miedos no salen de la nada, ni tampoco se mantienen en un vacío librado de todo tiempo y lugar. Los miedos se encuentran dentro de la cultura, dentro de un acerbo colectivo, y operan como formas de entender la ciudad y a sus integrantes; una forma de vivir la ciudad, de producir y reproducir fantasías y de lidiar con experiencias traumáticas y de estrés. Señala Reguillo (2006: 50): “los miedos son individualmente experimentados, socialmente contruidos y culturalmente compartidos”.

Hay una construcción social de los miedos que responde a causas estructurales. Hemos delineado los cambios en el mundo del trabajo -producto de un cambio de paradigma y de concepción de fondo de cómo debe funcionar una sociedad y qué papel le toca al Estado y a las personas dentro de la nueva coyuntura- y el creciente y marcado proceso de individualización al servicio de una ética neoliberal. A su vez se hizo hincapié en los cambios en los barrios y en la figura del otro, analizando los mecanismos mediante los cuales éste puede ser transformado casi que automáticamente en una no-persona.

Existe una construcción social del miedo que por más que trate de presentarse desde el vacío, el lugar aséptico, no es ajena a los cambios macrosociales. Pero como no puede centrar la mirada más allá, necesita, le urge, emplazar el foco de la inseguridad, dotándola así de un rostro y un lugar.

Emplazando el miedo

“El problema contemporáneo más siniestro y penoso puede expresarse más precisamente por medio del término "Unsicherheit", la palabra alemana que fusiona otras tres en español: 'incertidumbre', 'inseguridad' y 'desprotección'" (Bauman, 2001: 13). ¿Cómo lidiar con la "Unsicherheit" que señala Bauman? ¿Qué podemos hacer frente a la incertidumbre, a la inseguridad y la constante y creciente necesidad de protección experimentadas?

En su libro “En Busca de la Política”, Bauman (2001) toma como motor de análisis, el efecto generado en una comunidad inglesa la liberación de un pedófilo, Sidney Cooke, estudiando particularmente los movimientos de personas que buscaban organizarse y protestar públicamente. El autor se cuestiona sobre estas reacciones cuasi explosivas que generó la liberación de Cooke y la oportunidad, la libertad, de la comunidad -de sus miembros individuales- de poder declararle su odio en forma pública. A este respecto Bauman (2001) indica que Cooke está catalogado, lo que quiere decir que es un blanco tangible, punible de ser apresado, encerrado, destruido. Este emplazamiento contrarresta con las amenazas e inseguridades propias de los movimientos macrosociales que suelen ser más vagas o de difusa interpretación.

Bauman (2001) continúa con su análisis, explicando que como las verdaderas razones de descontento suelen ser de difícil identificación y de más difícil corrección, se genera una tendencia a producir culpables contra los cuales emprender esa acción defensiva -que muchas veces se coloca en los hechos como una acción ofensiva-. A este respecto, Reguillo (2006: 52) indica que el miedo esconde un profundo malestar: “tenemos miedo y alguien debe de pagar los platos rotos”

Al miedo es preciso situarlo (Filardo, 2010), emplazarlo, dándole no solo un rostro visible, sino un lugar y un tiempo determinados. Esta es la forma en que se puede pasar de esa angustia que podríamos llamar estructural, a un miedo que sea más “manejable”, en la que los “blancos” sean de fácil reconocimiento. Por supuesto esto no es estático ni homogéneo a nivel social. Como expone Filardo (2010) con el concepto de

“cronotopos”, el espacio es semantizado a partir de un cálculo pragmático en el que el tiempo y el lugar aparecen como claves determinantes. El “miedo a la noche”, o a ciertos lugares de noche por ejemplo, aparecen como respuestas y formas de emplazamiento de las más recurrentes en los discursos urbanos.

Esta monografía aborda el miedo en la ciudad y la forma en que los habitantes responden al mismo. En este sentido, hay un cálculo en la ciudad que es estratégico pero no necesariamente reflexivo. Un cálculo que no escapa a ninguno de los usuarios de la ciudad y sobre el cual pretendemos centrar la mirada. Lejos de querer condenar este cálculo estratégico -sobre todo en el desplazamiento, o con quiénes se entablan relaciones, o cómo se reacciona frente a la presencia de otros- se pretende mostrar de qué forma se construye esta pragmática urbana. Las amenazas y las incertidumbres son otras, pero son de difícil identificación y reconocimiento, entonces se debe recurrir a todos los mecanismos “a mano” para tener al menos una guía. Parece haber en ello una suerte de precepto implícito, de que más vale una brújula rota que la ausencia alguna de brújula.

Teniendo en cuenta lo anterior no podemos dejar de cuestionarnos en qué lugar se coloca a la figura del otro urbano. En la era de la marcada individualización, del acceso al placer por intermedio del consumo individual, de la vulnerabilidad, de la flexibilidad laboral y de esa obligada y desapareja autonomía a la que somos lanzados, ¿cómo aparece la figura del otro en donde la competencia se plantea como la forma de alcanzar el progreso?

Señala Reguillo (2006) que toda inseguridad es asociada a actores que son pensados como responsables de la alteración del orden y del caos social. La autora llama a esto “alteridad amenazante”. Es que, en medio de la crisis de sociabilidad urbana es necesario un chivo expiatorio, un conjunto de personas que sean culpables por el delito de portación de cara (Reguillo, 2006).

Este delito, cuando no lleva a acciones concretas de violencia física, habilita un tipo de violencia de otro orden y con efectos potencialmente

destructivos de los lazos de solidaridad y tolerancia como es la violencia simbólica.

Violencia simbólica y medios de comunicación

Indica Badenes (2009: 2) con respecto a la violencia simbólica ejercida desde los medios de comunicación: “la mayor parte de los medios de difusión masiva, hoy y aquí, ejercen simultáneamente una violencia simbólica sobre los sectores subalternos o desventajados de la sociedad. La forma de nombrarlos, de hablar de ellos o bien de silenciarlos, contiene el mismo sentido que la violencia física: la negación al otro de su ser-persona, de su estatus de ciudadano, de sujeto con derechos”.

La violencia simbólica esconde un mecanismo que se revela especialmente perverso, que consiste en quitarle al otro su categoría de persona, justificando así cualquier atropello que no sería tolerado desde un punto de vista del ciudadano con derechos. En este sentido, los “culpables” de la inseguridad suelen ser considerados como “no-personas”, convirtiéndose en esos seres malignos a los cuales hay que encerrar o, ¿por qué no?, sencillamente eliminar.

Los medios masivos de comunicación juegan un importante papel en este sentido, como formadores de opinión. Permítaseme exponer un claro ejemplo.

El 03/06/15 el programa semanal emitido por Canal 4, Santo y Señá (2014), publicó un informe titulado “Malos Vecinos” sobre los “ocupas”. Este término, claramente despectivo, marca desde qué lado se enfocará la noticia de aquellas (no)personas que se ven en la necesidad de habitar viviendas vacías, ruinosas o simplemente predios “descampados”, ya que no poseen los recursos para proveerse una solución habitacional autónoma. Al mismo tiempo son dejadas de lado por un Estado que a este respecto se muestra muchas veces como un actor expectante.

El título del informe es especialmente revelador ya que levanta un muro, una separación entre los “ocupas” y los “buenos vecinos”. El programa avanza con la visión culpabilizante y estigmatizante de los “ocupas”. En ningún momento se plantea por qué motivos llegan a estar en esa situación, como tampoco se mencionan los riesgos y la desprotección que implica vivir en esas condiciones. No importa nada de ello porque el

informe se centra en el nosotros imaginario, en los legales, en los buenos vecinos que respetan las normas.

Señala Badenes (2009) que los medios, en cuanto a la problemática de la inseguridad, suelen referirse a los “malvivientes”, “delincuentes” o “drogadictos” como aquellas figuras que ponen en peligro a los ciudadanos buenos, normales e indefensos. Desde este lugar es que los problemas sociales pasan al tamiz de lo judicial, justificándose cualquier atropello y el uso de la violencia simbólica hacia los sectores más desventajados de la sociedad. La clave de la negación del otro, de esa nuda vida, reside entonces en la condición de ilegalidad que porta. Las consecuencias además de penales son éticas, impactan en el manejo de la ciudad y en la violencia y la desconfianza que se naturalizan.

Hay entonces una judicialización de los problemas sociales en la cual reposa la violencia simbólica y sobre la que se anclan otros tipos de violencia. Un ejemplo de ello lo da el informe “Malos Vecinos”. Mencionamos que el mismo no cuestiona la forma en que muchas personas llegan a la situación de no tener una vivienda¹⁶, sino que toma la imagen del “ocupa” -imagen que es una construcción como individuo maligno e hiper-reflexivo a modo de “agente del mal”– y desde allí la desarrolla, mostrando a las personas como personajes malvados que incluso parecen estar dándose la buena vida, viviendo “de arriba”, atemorizando al barrio. En el momento en que son personajes, y bajo el rotulo de la ilegalidad que portan, se justifica cualquier atropello, como es meterse adentro de la casa ocupada y filmar donde duermen, donde se bañan, qué tienen en la mesita de luz. Y es que los "ocupas" ya no son personas, son transformados en esos seres malvados que perjudican la vida, ahora sí, de los buenos vecinos.

“El apriete de un 'okupa' a periodista de Santo y Seña” tituló en su nota Tv Show (2014), portal online del diario El País. Allí la breve nota señala:

“*Santo y seña*, el programa periodístico de Monte Carlo TV, dedicó gran parte de su emisión de este miércoles a un informe sobre las ocupaciones ilegales en la ciudad.

16 Con la añadidura que la problemática habitacional no es aislada y se encuentra estrechamente relacionada con la problemática laboral, educativa y sanitaria.

Alejandro Amaral, periodista del ciclo visitaba una casa ocupada¹⁷ en la zona de Pocitos y conversaba¹⁸ con una de las personas que allí estaban pero en un momento, el 'okupa' comenzó a ponerse violento.

'No quemes el lugar que tiene la gente para descansar. ¿Vos me vas a dar lugar en tu casa?', le dijo a Amaral y la emprendió luego a insultos contra el camarógrafo.

El pico de tensión se dio cuando el 'okupa' lanzó un cabezazo a la cámara aunque luego los decibeles de la discusión bajaron, según dijo Amaral”

La nota toma el hecho en sí mismo, el impacto que causó que un “okupa” haya cabeceado la cámara. El periodista de Santo y Señá (2014) luego de pasar la nota, dice al respecto:

“Él se enojaba porque le estábamos quemando el lugar donde podía descansar. De alguna manera estaba invirtiendo el orden de las cosas. Porque en realidad lo que nosotros estamos registrando es a una persona que está cometiendo un delito (...) es un delito, él no tiene que estar ahí, y lo que tenía que decir era, agarrar, decir: 'me agarraron, bueno, me voy, silbando bajito, ta' perdí y me fui”

Como dice Amaral, se está invirtiendo el orden de las cosas, pero no es el “okupa” quien las invierte, sino el propio programa al realizar el informe y analizar una problemática social desde un punto de vista judicial y culpabilizante. El programa y el informe invierten las lógicas, ya que la víctima pasa a ser victimario, y el ilegal, en su propia condición de ilegalidad, carece de derechos. Esta violencia institucional (Badenes, 2009) construye realidad, construye subjetividad, entendiendo a ésta como

17 “Visitaba una casa ocupada” es un recurso que encubre la violencia con la que el periodista abordó al joven que dormía en la casa ocupada. El camarógrafo comienza a filmar al joven sin su autorización, al mismo tiempo que el notero lo increpa con preguntas como por ejemplo: “¿por qué no va a un refugio?” o si duerme más gente allí y qué tareas hacen para sobrevivir, teniendo el joven que explicar y justificar que no son ladrones, que son honestos.

18 El periodista no “conversaba” sino que abordó en forma violenta a un joven que se encontraba durmiendo, increpándolo con preguntas tendientes a la responsabilización y culpabilización de la situación en la que se encuentra.

formas de pensar, actuar y sentir, como formas de entender el mundo, o en este caso, a la ciudad.

El informe no hace alusión alguna a las causas a que llevaron a esas personas a “caer” en esa situación de desprotección y vulnerabilidad. Ni siquiera un esbozo de causas estructurales, ni un mínimo delineamiento de historia de vida, sólo una presentación tendenciosa y amarillista que muestra al “ocupa” como la encarnación emplazada del mal en la ciudad.

La motivación que parece impulsar este informe son las denuncias de “los vecinos”. Esta figura se coloca como incuestionable, cerrada en sí misma. Todos entendemos quienes son los vecinos. Todos entendemos quienes no son los vecinos. La distancia se vuelve intolerable, ya nadie quiere convivir con los “malos vecinos” al lado.

A continuación se exponen algunos de los comentarios del foro de Tv Show (2014) que presenta la noticia del “apriete” del “okupa”. Es preciso señalar que muchos comentarios aluden en una dirección similar al análisis estructural, desculpabilizante y desnaturalizador que venimos realizando. De todas formas, aquí tomaremos aquellos que siguen los lineamientos que construye el informe de Santo y Seña (2014), así como la forma en que lo presenta Tv Show (2014):

#53 -salto-cordon - 5/junio/2015 - 02:12

“che los gusntanamo¹⁹ podrían ir probando las bombas en esos lugares que esta lleno de ratas”

#43 – dudyte – 4/junio/2015 - 19:42

19 Seguramente haya querido escribir “guantánamos”, haciendo referencia a los presos liberados de la prisión estadounidense en Cuba y alojados en Uruguay.

“Unos manguerasos de agua a todos esos vagos y asunto arreglado. Tienen miedo de enfermarseno se enteran que ellos son los enfermos . Una sociedad que va tocando fondo . Cuando este liquidada quizás ahí tomaran medidas?. Gobiernos progresistas? O decadentes.....?”

#2 – carboneeeero – 4/junio/2015 - 10:20

“RIFLEEEE A LA CABE... sanitario (?)”

A lo que otro usuario le responde:

#1 – MercedesLocuraNacional – 4/junio/2015 - 11:12

“Cuchillo!!! estos son caros hasta por la bala!!!!”

No valen ni una bala, son “vagos”, “ratas”, son los culpables de una “sociedad que va tocando fondo”. Aquí se reitera con más y más fuerza el término nuda vida, como esos cuerpos vacíos, esos cuerpos que son menos que seres vivientes, ya que se los responsabiliza del mal social.

La erradicación entonces termina siendo una de las opciones más tentadoras dentro del menú de reacciones que ofrece el miedo en la ciudad. Esto puede verse claramente en los comentarios extraídos: una “bomba”, unos “manguerazos”, “una bala, no! Un cuchillo que no valen ni la bala!” Cortar por lo sano y eliminar la semilla del mal, a quienes “no pueden ser salvados”.

Esta alteridad amenazante, en la cual se antropomorfizan todos los miedos y las amenazas (Reguillo, 2006), es consecuencia en parte de la dinámica moderna que acentúa la figura del individuo realizador de su propia biografía. El resultado es que no sólo es un “vagabundo”, un “ocupa”, es una persona culpable de no haber progresado. De víctima a victimaria, una gran parte de la sociedad parece pedir la cabeza de los indeseados. Por supuesto que si fuera tratado como un problema social el discurso sería otro. Pero recordando los aportes de Robert Castel, lo social parece terminar en los que están por fuera del mundo del trabajo.

La inalcanzable búsqueda de seguridad

Parte central de esta monografía consiste en el análisis de la búsqueda de seguridad; búsqueda que se torna no solo inalcanzable, sino que crece y se profundiza a medida que se realiza dicho movimiento en pos de más y más seguridad.

Hablar de esta búsqueda se transforma en una consecuencia natural de abordar conceptualmente los miedos urbanos, ya que la misma se convierte en la parte final del embudo; es mediante ésta que se ordena todo ese cúmulo de sentimientos, de inseguridades, esa falta de certezas. Entran en la parte ancha del embudo y salen claras e identificables, todo más estrecho, reconocible y ordenado. Estamos hablando en última instancia de mecanismos que se construyen, se producen y reproducen como formas de entender la realidad, de ordenarla y actuar en base a ella.

Tomando el abordaje de Robert Castel, Filardo y Aguiar (2010) indican que la actual demanda de seguridad no puede cubrirse por ningún Estado ni ningún ámbito privado. Puede que se intente, como de hecho se hace, pero en esta búsqueda la persona ve frustrada su propia intención. El causante de esta frustración no es el movimiento emprendido en sí, ni una realidad que parece irse de control como resaltan diversas visiones particularmente catastróficas, sino la lógica desde la cual parte dicho movimiento en pos de mayor seguridad.

El miedo urbano, a modo de lectura de la ciudad, no contempla las causas estructurales. La respuesta queda entonces enredada en una lógica en la que parece que no importa qué se haga, se está cada vez peor. Esto lleva a un miedo creciente y a la

profecía autocumplida, en base a que cada medida que se toma parece confirmar que efectivamente “en la ciudad ya no se puede andar tranquilo”.

“(…) los programas protectores pueden cumplirse completamente y producen decepción y aún resentimiento (...) la inseguridad nunca está dada, ni siquiera conquistada, porque la aspiración a estar protegido se desplaza como un cursor y plantea nuevas exigencias a medida que se van alcanzando los objetivos anteriores”. (Castel, 2004: 15 en Filardo, 2010: 260)

Bauman (2001) realiza un abordaje similar, teniendo en cuenta que las causas de angustias y las penurias se encuentran diseminadas, se genera un desplazamiento de las verdaderas angustias al terreno de la protección privada. Aquí se satisface un deseo que urge a flor de piel; nos referimos a la necesidad de emplazar y antropomorfizar los miedos.

“El plan de seguridad ya está en marcha” titula una nota Diego Castro (s/f) para El País Digital al respecto de una entrevista realizada a Roberto Canessa. En la misma se da cuenta de cómo el entrevistado conceptualiza la problemática de la inseguridad:

“Sobre la situación de inseguridad que se vive en el país, Canessa opina que 'es producto de la realidad'.

'Que nadie venga con lo que pasó antes o que la educación. Acá lo que hay que hacer es parar a los chorros, nada más', sentenció” (Diego Castro, s/f).

Qué nadie nos hable de causas estructurales! Qué nadie haga un análisis que trascienda -o peor aún, contradiga- mi experiencia concreta y cercana! El desplazamiento del abordaje del miedo urbano al terreno de la protección privada es un falso remedio, un experimento con placebo que no ha funcionado. Quienes lo toman no sólo sienten más miedo, sino que creen que han hecho algo para combatirlo y, a pesar de ello, el miedo sigue allí presente.

Pero no es un miedo sentido como propio ni generado por uno mismo, sino que se deposita como consecuencia de la alteridad amenazante. No es un “yo tengo miedo”, sino un “ellos dan miedo”. Se corre el foco de la cuestión, ya que la inseguridad y la incertidumbre son desplazadas hacia afuera, hacia esa otredad que parece tener la potestad de andar libre “haciendo de las suyas”.

En esta incansable inalcanzable búsqueda de seguridad, el papel de las instituciones es fundamental. Puede verse cómo las personas más preocupadas por el tema de la (in)seguridad aluden constantemente a un estado de crisis institucional.

Señala Reguillo (2006)²⁰ que existe una creciente desconfianza a los operadores y garantes de la ciudad, que son vistos como cómplices de una delincuencia que avanza. Es así que los políticos y la policía son responsabilizados por una sociedad que se deshace en pedazos. Veamos algunos ejemplos:

- “Para qué denunciar delitos si después la policía no hace nada y no actúa?”²¹
(Juan Pablo Demarco, 2014)

- “Lo que pasa que ustedes no entienden nada, el FA está cumpliendo con lo que prometió.

Ellos prometieron distribución de la riqueza, pero no les dijeron que riqueza iba a ser distribuida entre que individuos... (nótese que claramente me esfuerzo por omitir las palabras 'gente' y 'personas' ya que creo que no califican y es más apropiada 'individuos')

Se trata de la riqueza de los que pagan, sea a la IMM o a la DGI o BPS o una de las miles de bocas recaudadoras (la palabra boca está usada para establecer una analogía denigrante con boca de pasta base) que tiene el estado, que va a ser distribuida entre los 'clientes' del frente amplio, llámense votantes.

Entre estos votantes encontramos evidentemente al pichaje del régimen.

Cobran una platita para vino y les dan unas tarjetas para comprarse algo de morfar (estos no comen, morfan).

20 La autora refiere sobre todo al narcotráfico. De todas formas creemos que su abordaje nos resulta de utilidad para entender los discursos permeados por el miedo y el constante sentimiento de inseguridad.

21 Comentario N°3 extraído del foro de la página web. Esta frase hace referencia a la app CityCop y a la función de denunciar delitos, en contraposición con la denuncia policial que no reviste ningún atractivo .

Ojo, que estos cobran siempre que tengan la credencial en regla (...)” (Rmahcado, 2011).

Este último comentario condensa básicamente lo que venimos afirmando en esta monografía. “Clientelismo político”, “corrupción”, “pichis” que no son personas; un odio hacia el otro al que se lo responsabiliza del declive social, al mismo tiempo que los políticos son colocados como los reproductores de este sistema que avala y defiende “al pichaje”.

El 18/08/15 en su programa “Malos Pensamientos” Orlando Petinatti realiza un análisis sobre el tema de la inseguridad relacionada justamente con el gobierno, al cual se lo torna cómplice de un estado que parece volverse incontrolable. Estas reflexiones son producto del lamentable incidente en que una mujer muere, producto de un disparo generado en el forcejeo entre un ex policía con un ladrón que ingresa a asaltar un local. En dicho programa Petinatti señala:

“Todos tenemos derecho a vivir en un país dignamente, y no estamos ni viviendo, ni dignamente. Y nadie hace nada y los de arriba se cagan de la risa en nosotros (...) En vez de estar cuidándonos a nosotros están viendo a ver quién es el más traidor de todos (...) ¿Cuál es la diferencia entre lo que está pasando hoy y lo que pasaba en los 60’ con una banda de delincuentes que asolaba el país? Es lo mismo: robaban, secuestraban y mataban gente, como ahora. Es más, están más organizados ahora que antes y este país no se va a la mierda, ya se fue a la mierda” (Montevideo Portal; 2015)

“En vez de estar cuidándonos a nosotros” dice el comunicador. De vuelta esta figura polarizada entre los buenos y los malos, entre los honrados y los que nos aterrorizan, aquellos culpables de que este país se haya ido “a la mierda”.

Este discurso es un claro ejemplo de cómo funciona la crítica surgida desde la ética neoliberal. Hay una dimensión ideológica que no podemos dejar de desconocer, al realizarse un paralelismo entre una delincuencia que parece descontrolada y la situación del país en la década de los 60’. De esta forma se realiza una implícita apología de la dictadura cívico-militar uruguaya, equiparando a su vez a la resistencia social contra el totalitarismo, a “bandas” de “delincuentes” y “asesinos”.

El Miedo en la Ciudad: Desplazamiento y Mapas Mentales

¿¿Qué quiere?!? No, salga!²²

Me subo al ómnibus, día de semana del mes de julio del presente año, aproximadamente 10 am. Una señora en torno a los 40 años me palmea el hombro y siento cómo me arrancan de la vida cotidiana, de esa cápsula que es mi cuerpo. Es curioso darse cuenta que uno está a simple vista, cuando sentado en el ómnibus parece que pudiera ver todo sin ser visto.

Me piden la hora y lo primero que me llama la atención es su forma de hablar. Reconocí -creí reconocer- rápidamente esa forma de pronunciar las palabras, como si todo en su boca fuera el doble de pesado; reconocí su apariencia que podría ser tildada de “pichi”, “mugrienta”, “sucia”, en palabras de los análisis de discurso que venimos realizando. Reconocí su pelo maltratado, sus ropas que hacían esfuerzo por “encajar” en los tácitos estándares de vestimenta que implica el pasaje por un ómnibus; reconocí sus uñas pintadas y ese golpeteo nervioso del pie, reconocí un psiquiatra por detrás y el abuso del profesional que se ve incuestionado. Sabía, la señora sabía, que no pertenecía a ese ómnibus.

En un momento del trayecto se presenta un desvío. Notoriamente confundida la señora le pregunta a otra cuidadosamente vestida, que se encontraba a unos asientos de distancia algo que no alcanzo a escuchar. La destinataria se hace la distraída y la primera vuelve a repetir la pregunta creyendo que no fue escuchada. Frente a la no respuesta se pone de pie y se acerca para repetírsela. Cuando la segunda señora ve este movimiento en un arrebató de enojo y consternación le dice: “¿¿Qué quiere?!? No, salga!”. A lo que la primera vuelve a su sitio en silencio, golpeteando el pie con más y más velocidad.

Posteriormente logro escuchar que la señora que dijo eso balbucea para sí, “este Uruguay (...) mugrientos”²³.

²² Rechazo presenciado en un ómnibus montevideano por parte de una señora hacia otra, quien se dirigía a realizarle una consulta.

¿Qué molestó a esta señora que ahuyentó a la otra con un gesto similar al que se ahuyenta una mosca? ¿Le molestó que le hayan preguntado algo en el ómnibus, o le molestó quién se lo preguntó?

El miedo urbano, ese que construye a la alteridad amenazante, tiene fuertes impactos en la ciudad y en la forma que sus habitantes construyen sus relaciones dentro de ella. Bauman (2001) habla en este sentido de un descenso en la temperatura de las relaciones humanas. No solo del aislamiento al que se tiende entre pares, entre ese nosotros que se traza en forma automática al subirse al ómnibus, sino también al miedo y rechazo del otro diferente.

Este miedo que genera la figura del otro lleva a una creciente descalificación del espacio público a medida que se democratiza (Filardo, 2010). De esta forma pasa a ser visto como esos lugares dominados por la alteridad amenazante, por esos “otros” que se apoderan de ellos y los utilizan a su gusto y antojo.

“Los esfuerzos por mantener a distancia al 'otro', el diferente (...) aparecen como la respuesta esperable a la incertidumbre existencial a la que han dado lugar la nueva fragilidad y la fluidez de los vínculos sociales. Esa decisión, por cierto, encaja perfectamente con nuestra obsesiva preocupación contemporánea por la polución y la purificación, con nuestra tendencia a identificar el peligro con la 'invasión de cuerpos extraños' y a identificar la seguridad con pureza” (Bauman, 2006: 117).

La obsesiva preocupación por la seguridad tiende a plantar la semilla de la desconfianza como moneda corriente en las relaciones sociales urbanas, lo que implica una tendencia cada vez mayor a la mixofobia²⁴. A medida que crece la homogenización en la ciudad, aumenta el miedo y la desconfianza al que es distinto de nosotros²⁵. Es así que el “no hables con extraños”, frase que antes le decían los padres a sus hijos, se ha trasladado a la norma por excelencia del manejo en la ciudad (Bauman, 2006).

La incredulidad es entonces un valor fundamental en el manejo actual de los usuarios de la ciudad (Reguillo, 2006). Incredulidad que tiende a que los espacios

23 No pude identificar claramente las palabras entre medio.

24 Término de Bauman que alude al miedo creciente a relacionarse y vincularse con extraños.

25 Esta mirada puede aplicarse tanto hacia aquel que vive en un barrio privado, como hacia aquellos que viven a metros de asentamientos irregulares.

públicos se vean progresivamente cuestionados, ya que al ser tierra de todos se convierten en tierra de nadie, vaya paradoja.

El miedo y la necesidad de control: en busca del mapa mental

Al hablar de una alteridad que produce miedo y conflicto, al plantear la desconfianza en los espacios públicos y la amenaza que puede sentirse hasta en el ómnibus -lugar cuasi-privatizado-, tenemos que arribar necesariamente a la noción de mapeo mental.

¿De qué forma el usuario de la ciudad se figura a la misma? No nos referimos solo a las relaciones que se tejen dentro de ella, sino también a la forma de desplazarse y de pensar dicho desplazamiento. Hay tantas ciudades como individuos que las habitan y cada una se teje con sus zonas oscuras, con sus agujeros negros (Filardo, 2010), con sus temores. De todas formas este relativismo no puede bloquearnos el análisis, ni cerrarnos a reflexiones de orden más general.

El mapeo mental precede al territorio y funciona como una forma de controlar la proximidad ante el estrés y el miedo que figura el contacto con el otro, con la diversidad (Reguillo, 2006). La citada autora menciona que, en relación a estos mapas hay una triple lógica: 1) espacio tópico como lugar seguro pero amenazado 2) espacio heterotópico como la geografía amenazante y desconocida 3) espacio utópico como el orden deseable.

El espacio utópico cumple una importante función a modo de calibrador mediante el cual se piensa la ciudad. Es la vara con la que se mide al otro, con la que nos medimos a nosotros mismos; el espacio tópico y sus relaciones con el espacio heterotópico se encuentran determinadas por esta construcción utópica de la ciudad. Qué esperaremos o qué no esperaremos está conectado directamente con estas utopías urbanas que se construyen en forma colectiva. Utopías que, volvemos a reiterar, responden a la constante, creciente y cíclica necesidad de seguridad, en la que no importa qué se haga, parece que “cada vez se está peor”.

El mapeo mental está atravesado por la utopía y la necesidad de evitar toda contaminación posible del espacio tópico. Se busca que el desplazamiento sea puro,

liberado de toda fuente de estrés. Haciendo una conjetura no tan arriesgada, esto fue lo que motivó el arrebato de la señora del ómnibus al sentir invadido su espacio tópico, en base a su utopía del ómnibus como lugar seguro, lugar no contaminado.

Es así que la búsqueda por un desplazamiento puro, que evite la otredad, se ha transformado en una necesidad fuertemente sentida. Para ilustrar la forma en que los ciudadanos habitan, viven y significan la ciudad, Filardo y Aguiar (2010), arriban al concepto de “ciudad vivida”. Esta es una ciudad que habitamos a su vez que nos habita, que determina a los usuarios de la ciudad así como estos la determinan a ella, en este juego producto/productor.

“La inseguridad ciudadana (...) se presenta en la vida cotidiana, interfiriendo en la forma de vivir, transitar, y usar la ciudad y sus espacios públicos” (Filardo y Aguiar, 2010: 259). La ciudad vivida es determinante en la forma en que se construyen los mapas mentales -por ejemplo qué lugares o personas se desea evitar- ya que la misma hace referencia al uso simbólico de los espacios físicos (Filardo y Aguiar, 2010). Esta se construye tanto con lo real como con lo imaginario, siendo a su vez el tamiz por el cual pasarán a “leerse” los acontecimientos o relatos urbanos.

La ciudad vivida genera entonces un conjunto de prácticas que son calibradas en base a un componente fuertemente utópico. La vara a partir de la cual se mide la ciudad, es esta construcción utópica que se genera en forma colectiva pero se experimenta individualmente. Este “pulso de la ciudad” no es uno, sino que depende de las valoraciones de cada ciudadano y del componente utópico, depende de cada ciudad vivida. El “pulso” se experimenta al salir a la calle o simplemente al pensar la ciudad, no es necesario medirlo, cuando se acelera se siente. No hay que ser un experto, o sí, ya que eso es lo que parece exigir cada vez más la creciente búsqueda de seguridad, una profesionalización en el uso de la ciudad.

Es tal la necesidad de seguridad, es tanto el deseo de un desplazamiento puro libre de contaminación alguna, que el manejo en la ciudad pasa a requerir cada vez más una profesionalización por parte del usuario. Aquí es, como mostraremos a continuación, donde las aplicaciones de celular ganan cada vez más terreno con su ilusión de controlar el mapa al alcance de la mano.

A mayor aislamiento, repliegue²⁶ y necesidad de control, mayor miedo. A mayor miedo, mayor necesidad de repliegue. El círculo continúa y continúa, una rueda en una eterna bajada. Esto tiene efectos a nivel de la ciudad, ya que los usuarios de la misma liberarán todas las estrategias a su alcance para que se les devuelva el control que reconocen perdido, como puede ser una aplicación de celular que se posiciona como una comunidad para combatir el crimen.

Por último, es preciso abordar las estrategias que se forman para evitar la alteridad amenazante que impactan en (el uso de) la ciudad. Filardo (2010) menciona dos estrategias que califica de acción y/o huida: la reclusión y la materialización de las fronteras simbólicas. Sobre la primera ya hemos mencionado el abandono de los espacios públicos, el “no hables con extraños”, el miedo y la desconfianza creciente que llevan a la búsqueda de un desplazamiento puro y la construcción de mapas mentales libres de toda fuente de estrés; es ésta también una de las formas predominantes de reclusión.

Con respecto a la segunda, indicamos cómo se desplazan las verdaderas causas de angustia hacia el terreno de la protección privada (Bauman, 2001). La materialización de las fronteras simbólicas, implica justamente el movimiento de poder llevar al mundo real, fronteras que existen en el plano simbólico. Es una forma de respuesta frente a la ciudad vivida, sentida ésta cada vez más insegura. Esto va de la mano con el auge del rubro de los servicios, propio de la época neoliberal. Se busca tapar mediante servicios privados toda la angustia y el miedo que genera el enfrentamiento con el otro: cercas eléctricas, guardias de seguridad, muros que más bien son murallas, ¿no será esta la nueva utopía?

El manejo en la ciudad se vuelve un juego que nada tiene de lúdico. Es un juego donde se busca un diamante perdido hace tiempo, hace tanto que ni siquiera podemos estar seguros de si alguna vez existió; nos referimos a la certeza como búsqueda constante de seguridad y control.

26 Término usado en un sentido tanto literal (territorial) como simbólico.

La Comunidad de los Pulgares Opuestos

Miedo, inseguridad y aplicaciones de celular: CityCop y Oincs

“Una 'comunidad' es, en esta época, la última reliquia de las antiguas utopías de la buena sociedad” (Bauman, 2006: 100).

Yace un profundo sentimiento contradictorio en la era del individualismo y la desconfianza. Nos referimos a la presente y persistente búsqueda de solidaridad contemporánea. Una solidaridad individualizada que si bien se presenta y posiciona con fines colectivos, es motivada y determinada por una búsqueda individual que poco tiene de colectiva.

Si bien la solidaridad suele ser asociada a lo colectivo, creemos que no es esta la única de sus formas²⁷. Las comunidades que se declaran en las aplicaciones de celular promueven esta falsa noción de solidaridad colectiva, una unión entre un “nosotros” construido en base y en oposición a un “ellos”. Una organización motivada por el individualismo más profundo propio de la ética neoliberal, las comunidades de los pulgares opuestos generan la ilusión de unión y búsqueda solidaria, cuando nacen y se mantienen en tanto son producidas por fines puramente individuales.

Son estas las comunidades que se construyen en torno al miedo. Una solidaridad individualizada, en la que el otro es una herramienta, en lo que la herramienta (la aplicación de celular) se trasforma en un contenedor donde se vierte toda la descarga, la frustración y el odio de un mundo que no es como se espera que sea.

Bauman (2001) hace referencia a estas comunidades contemporáneas surgidas como estallidos y que son producto de causas estructurales que escapan a los usuarios de la ciudad. Estos estallidos consisten en irrupciones más o menos fugaces, que no encuentran vías realmente estables que generen el pasaje de lo público a lo privado. Estos “puentes” brillan por su ausencia (Bauman, 2006) en la era donde se declara la

²⁷ A modo de ejemplo las aplicaciones de celular que analizaremos a continuación, consisten en una clara muestra de estos procesos de solidaridad individualizada.

muerte de los utopías, en que la acción colectiva se ve cada vez más debilitada y el creciente individualismo siembra la constante desconfianza en el otro.

En medio de estos procesos, las comunidades en base al miedo y al sentimiento de inseguridad, generan un pseudo proceso colectivo en el que la otra persona sirve en tanto herramienta para saciar las propias necesidades individuales.

“El problema es que las únicas comunidades que pueden construir los solitarios, y que los administradores del espacio público pueden ofrecer si son serios y responsables, son aquellas construidas a partir del miedo, la sospecha y el odio. En algún momento, la amistad y la solidaridad, que eran antes los principales materiales de construcción comunitaria, se volvieron muy frágiles, muy ruinosas o muy débiles (...) El mundo contemporáneo es un container lleno hasta el borde del miedo y la desesperación flotantes, que buscan desesperadamente una salida” (Bauman, 2001: 23).

Reside aquí la debilidad de las colectividades generadas en base al miedo y al sentimiento de inseguridad. Se transforman en estallidos violentos e irruptivos que no logran instalarse realmente en la arena pública. Esto por supuesto no quita que las personas que participan en ellas sientan que realmente están luchando colectivamente para combatir la inseguridad.

El problema de integrar una comunidad construida en base al miedo y a la inseguridad es que no puede sino generar un repliegue, una suerte de encierro. El celular en este caso funciona como tal, marcando una distancia y un alejamiento de lo social. A medida que la persona queda encerrada en la lógica de la aplicación de celular, el usuario siente que, a pesar de su actuar colectivo, todo es más peligroso e inseguro.

La solidaridad comunitaria en base al miedo y a la distinción del otro, se construye mediante la elección de un enemigo en común, ya que las verdaderas causas de angustia no son identificables y mucho menos emplazables. ¿Por qué no se usa CityCop para denunciar violencia doméstica, empleadores que exploten a sus empleados o evasores fiscales? se pregunta Ricardo Scagliola (2014) en una nota del semanario Brecha. Esto contrasta con la figura del delincuente que parece resultar de fácil identificación -emplazamiento- para los usuarios de estas aplicaciones.

La ciudad en el celular

Las aplicaciones de celular se han revelado como una atractiva herramienta en la búsqueda del combate a la inseguridad. Desde los smartphones se promueve una mirada utópica de la ciudad en la que, a través del celular, se liberaría al desplazamiento por ella de toda fuente de estrés. Por otro lado, se hace especial hincapié en la función de denuncia y control social desde el celular. Diversos títulos de artículos periodísticos aluden en este sentido:

“Atrapa delincuentes desde tu smartphone” (Ester Ribas Arbos, 2014)²⁸, “CityCop, una aplicación para combatir la delincuencia” (Agustina Pastor, 2013), “La ciudad en el celular” (El País, 2014)²⁹, “Combaten la delincuencia por celular” (Juan Pablo Demarco, 2014), “CityCop tm: nueva herramienta para prevenir y combatir el delito entre todos” (Mayoristas y mercado, 2014)³⁰. Sobran ejemplos de cómo desde la prensa se fomenta esta ilusión de control y vigilancia.

“La creciente importancia de la percepción de inseguridad en la configuración de la socialidad urbana crea condiciones para un urbanismo autoritario y privatista que pretende garantizar 'espacios seguros' a quienes 'merecen la ciudad', separados de zonas de pobreza que constituyen *cárceles a cielo abierto*” (Badenes, 2009: 1).

Estamos hablando de atrapar y combatir la delincuencia desde el celular, que pasaría a ser aquella vía de acceso directo a la ciudad. El procedimiento no reviste mayor complejidad: se abre la aplicación y se revisa el mapa. Allí estarán las denuncias que alertan “lo que está pasando”. De esta forma la aplicación sacia la necesidad de

28 Este artículo comienza de la siguiente forma: “Actualmente podemos encontrar toda clase de aplicaciones pero nunca antes una para acabar con la delincuencia” (Ester Ribas Arbos, 2014). De esta forma se transmite una noción del celular y de la aplicación en sí como todopoderosa y omnipresente.

29 En este artículo se hace referencia al auge de los “servicios para desenvolverse en la urbe” (El País, 2014), ya sea CityCop, Oincs, Pedidos Ya (aplicación para ordenar comida a domicilio), Easy Taxi (para solicitar taxi desde la aplicación), entre otras.

30 Aquí se hace referencia también a la importancia de la aplicación como forma de combatir la inseguridad: “Sumando fuerza con otras personas, esta aplicación contribuirá para evitar robos y otro tipo de delitos aumentando la seguridad de la ciudad y calidad de vida de los usuarios” (Mayoristas y mercado, 2014)

control y vigilancia por parte de los usuarios, generando la ilusión de poder conocer mediante la misma qué es lo que efectivamente está sucediendo.

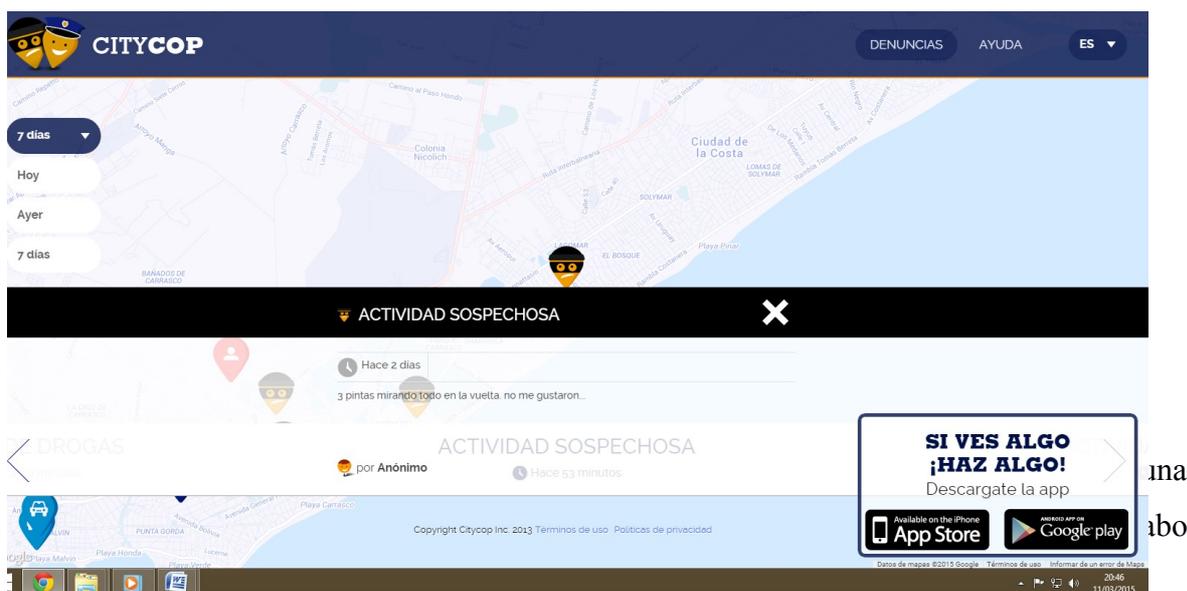
CityCop – Luchando contra el crimen, juntos.³¹

CityCop posee dentro de su catálogo de hechos a denunciar el de “actividad sospechosa”. Remitiéndonos a las infografías y estadísticas que da a conocer la propia aplicación (ver Anexo 1 y Anexo 2), esta es la opción preferida del menú por parte de los usuarios de la aplicación. Ahora bien, es pertinente preguntarse sobre el por qué de esta preferencia.

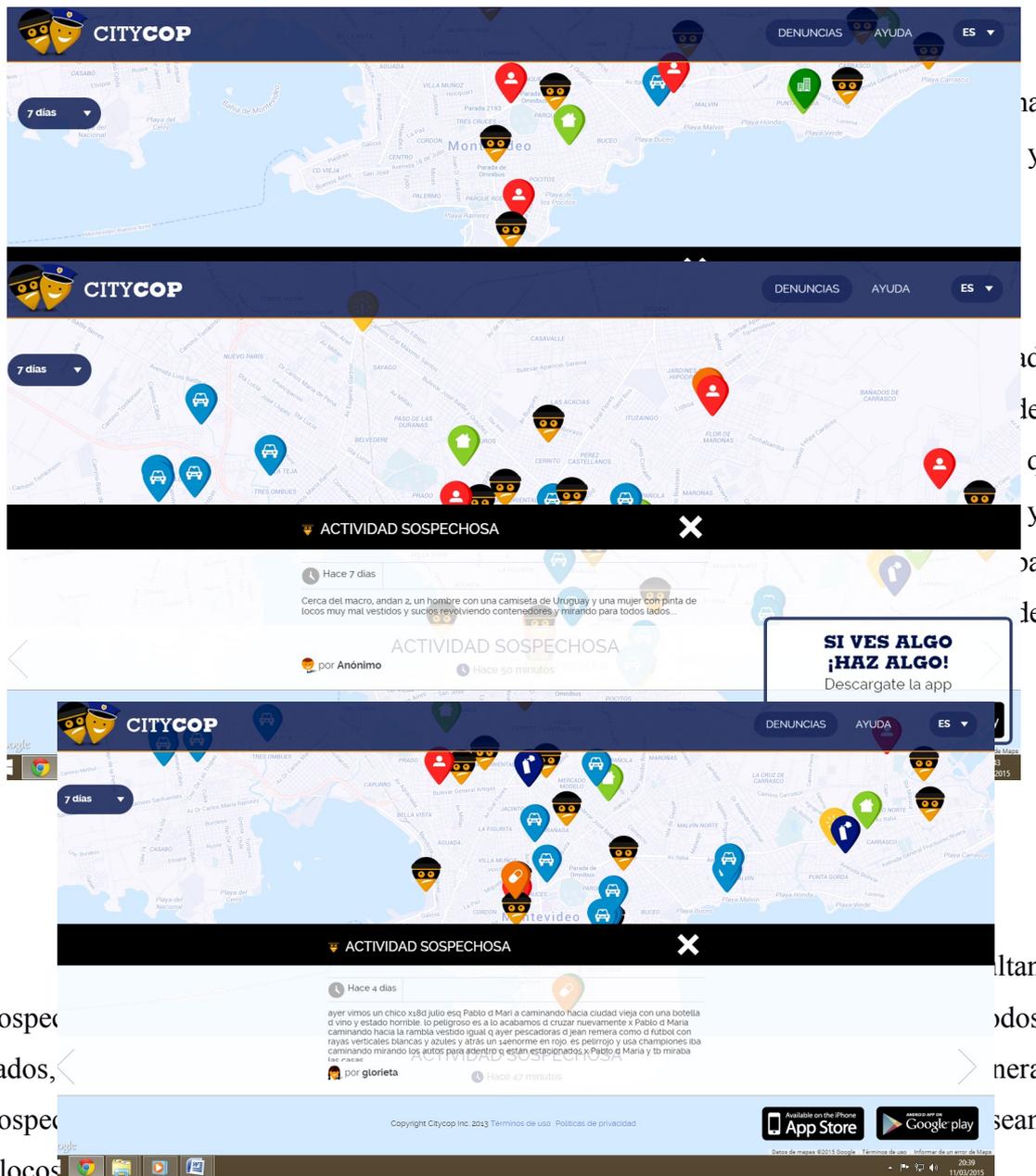
En base al abordaje sostenido en este trabajo, la ciudad vivida y la ciudad utópica son determinantes a la hora de “leer” la ciudad. Y es que, si bien todos los delitos están permeados a la imaginación del usuario (ya sea una “boca” de venta de droga, o un robo), es la “actividad sospechosa” la que queda mayormente librada a la fantasía de los habitantes urbanos. Es aquí donde los usuarios pueden dar rienda suelta a las fantasías nacidas, producidas y reproducidas desde los miedos urbanos y el sentimiento de inseguridad.

La “actividad sospechosa” es la desconfianza al otro distinto por excelencia. Citaremos a continuación algunas denuncias de los usuarios:

- “3 pintas mirando todo en la vuelta no me gustaron...”



31 Descripción propia de la app que puede verse en: <http://www.citycop.org/>



suspec
 lados,
 suspec
 “locos

na
 y
 ad
 le
 q
 y
 ba
 le
 ltan
 odo
 nera
 sean

La comunidad que plantea esta aplicación no puede sino ser una comunidad de control, cuyo único logro parece registrarse en emplazar rápidamente los miedos, dotándolos de un rostro, una vestimenta, una actitud y un lugar. Sin embargo CityCOP se plantea como una herramienta de prevención. Esto se coloca no solo en notas de prensa como titula Mayoristas y Mercado (2014): “Cityop tm: nueva herramienta para prevenir y combatir el delito entre todos”, sino también en las palabras de sus propios creadores.

En una nota realizada en el programa matutino de Canal 4, Buen Día Uruguay, uno de los creadores de la app, Alex Bermúdez, explica:

“La herramienta creo yo que tiene dos grandes objetivos, uno que es la de informar, ¿si? Y la otra que, de alguna manera nosotros entendimos de que no se iba a lograr pero hoy sí que se está logrando que es la de prevenir sobre todo ciertos delitos, lo que hablamos al principio de lo sospechoso” (CityCop, 2015).

Luego se hace referencia a la importancia de la prevención, por ejemplo a la hora de estacionar el auto. El periodista al cerrar la nota agradece a los creadores y finaliza con el aserto: “En materia de prevenir cualquier herramienta es útil” (CityCop, 2015).

Pero, ¿qué significa prevenir? En cuanto al verbo, la página de internet WordReference establece diversos significados, los tres primeros son:

1. tr. Prever, conocer de antemano un daño o perjuicio y tomar las medidas necesarias.
2. Advertir de alguna cosa:
le previno de la presencia de la policía.
3. Influir en la voluntad de uno predisponiéndole contra alguien o algo:
nos previnieron contra él.

Conocer de antemano un daño o perjuicio parece ser la obsesión de toda comunidad surgida en base al miedo y con el objetivo de combatir la inseguridad. Y si en materia de prevención toda herramienta es útil, el control social, la discriminación y la violencia sobre toda otredad que genere miedo se vuelven justificadas.

La obsesión por la prevención marca una clara distancia a partir de la permanente desconfianza, ya que cuanto más lejos se coloca al “otro” y a uno mismo, parece que disminuya la posibilidad de sufrir un daño. El odio funciona como una forma de prevención también, levantando una barrera contra aquel en cuya figura se depositan los miedos y las angustias modernas.

La prevención es demandada por la utopía de una ciudad pura. Teniendo en cuenta que la misma es vista como inalcanzable, se produce un corrimiento hacia uno de los últimos atisbos de esperanza urbanos: la utopía del desplazamiento puro. De esta forma, los usuarios de la aplicación pretenden abrir la misma y “leer” la ciudad, casi

como si fuera un juego: por dónde ir, por dónde no, en qué lugar roban autos, en qué lugar se encuentra el cuidacoches peligroso, etc.

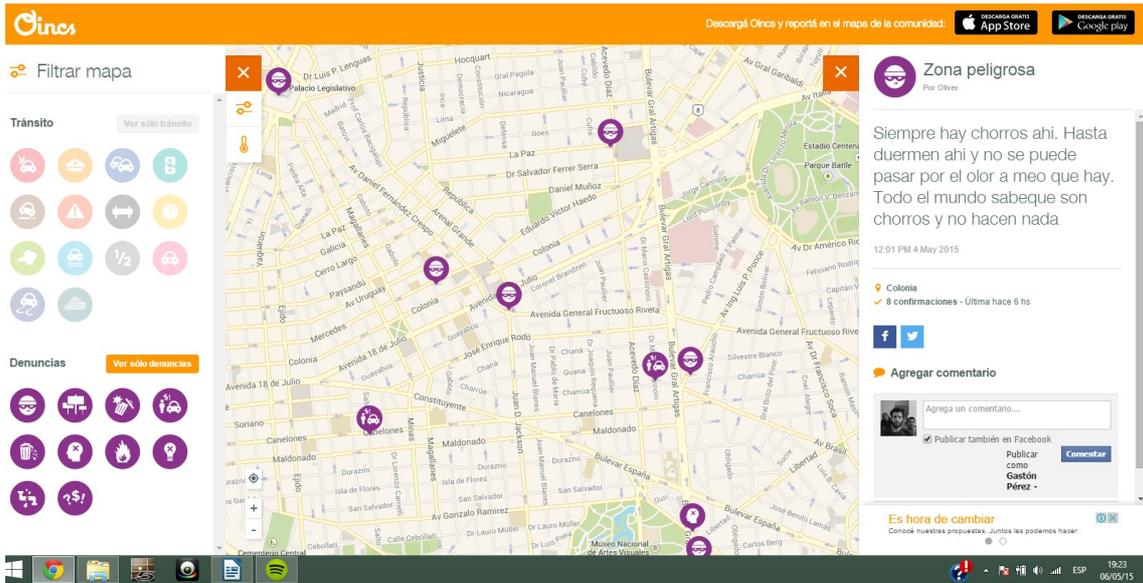
Oincs – Servicio a la Comunidad³²

Oincs es una aplicación de celular que tiene sus comienzos como “Chanchos UY” en cuenta de Twitter. En los orígenes la cuenta era usada para alertar dónde se ubicaban los inspectores de tránsito, con el fin de evitar una multa... o simplemente un mal rato. Posteriormente los creadores deciden diseñar una aplicación para celular, tomando el abordaje inicial, pero ampliándola con funciones similares a las de CityCop, pudiendo registrar tanto hechos relacionados con el tránsito como denuncias de “zona peligrosa”, “cuidacoches peligroso”, “vandalismo”, etc.

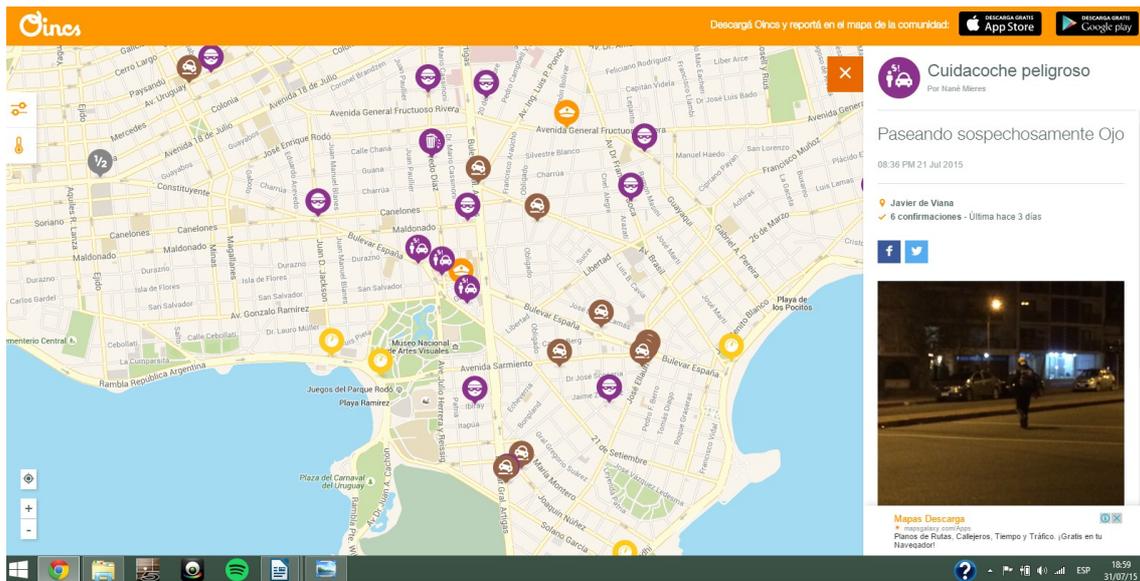
Si bien Oincs no persigue el mismo fin que CityCop, sí tiene la misma lógica, ya que ambas apuntan a la ilusión de control de la ciudad mediante el dispositivo de celular. A su vez ambas hacen referencia a la importancia de la comunidad, sobre todo haciendo hincapié en la unión entre los ciudadanos para poder evitar lo indeseado, ya sea una “calle inundada”, un “semáforo roto”, un “pichi” revolviendo contenedores, un “cuidacoches peligroso”, etc. Veamos algunos ejemplos.

- “Siempre hay chorros ahí. Hasta duermen ahí y no se puede pasar por el olor a meo que hay. Todo el mundo sabe que son chorros y no hacen nada”

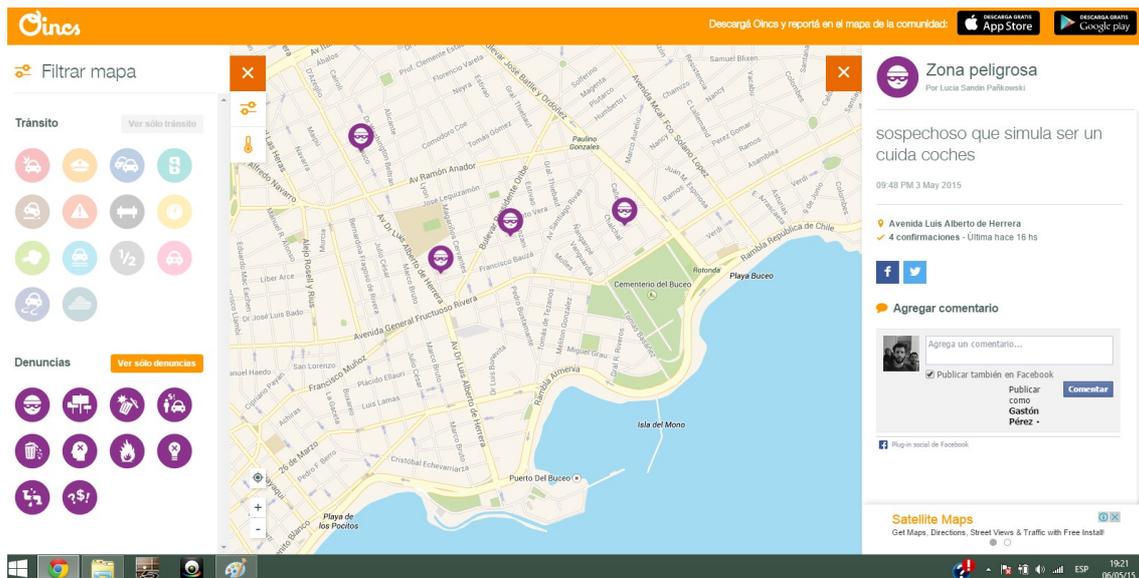
32 Descripción propia de la app que puede verse en <https://www.youtube.com/watch?v=J0RwNcNKFhQ>



- “Paseando sospechosamente Ojo”



- “sospechoso que simula ser un cuida coches”



El servicio a la comunidad está puesto en marcha. Ya sean denuncias por semáforos o pozos (Ver Anexo 4), ya sea para evitar una multa, o evitar “chorros con olor a meo”. Pero tanto en CityCop como en Oincs, al revisar las denuncias, cuesta encontrar que se haga alusión a personas. Realmente esta es una palabra que pareciera que la aplicación no permitiera introducir, salvo cuando es usada para referirse hacia alguien de la propia comunidad.

La figura del sospechoso avala un urbanismo autoritario que permite juzgar, sacar fotos, registrar, pero sobre todo, permite ejercer violencia, generando las condiciones para odiar a alguien sin cuestionamiento alguno. Es más, ese odio es también una forma de marcar una separación, una forma pública de afirmarse como una “persona de bien”, como un “buen vecino”.

Bauman (2001) indica al respecto de la liberación de Sidney Cooke, que odiarlo públicamente, les permitía a los integrantes de la comunidad mostrarse como personas decentes. De similar manera funcionan estas aplicaciones de celular analizadas, ya que a medida que la persona denuncia, se reafirma en su condición de ciudadano comprometido con su comunidad en la lucha contra la inseguridad.

El odio que canalizan y que por ende avalan estas comunidades de pulgares opuestos, permiten una suerte de solidaridad de los no solidarios. Nos referimos a que, en aquellos sectores en donde el individualismo, el miedo y la desconfianza calan más hondo, es en donde estas aplicaciones encuentran mayor respuesta, ya que es en donde se siente con mayor fuerza la necesidad de recurrir a las mismas.

“(…) la única manera de alcanzar o recuperar la solidaridad comunitaria y el hábitat seguro -por solidario- es la elección de un enemigo común y la unión de fuerzas a través de un acto de atrocidad colectiva que apunta a un blanco común” (Bauman, 2001: 24)

Este enemigo en común que se traza consiste en una forma de demarcar, de afirmar un “nosotros”, y por otro lado de negar y distanciar a un “ellos”. El límite entre uno y otro lo marca el trabajo y su capacidad de producir personas.

La figura del “pichi”, del “pinta”, del “sucio”, pareciera decir: ¿¿¿qué derecho tiene este individuo para andar por la ciudad?!? Las figuras amenazantes aparecen en las esquinas, caminando en el centro como colocadas por un ente maligno como la encarnación del mal. Son personas de “afuera” pero que se mueven “por dentro”, no pertenecen a la ciudad y la ciudad no les pertenece. Aquí aparece la ciudad utópica clamando a gritos que, sin su (molesta) existencia, ella quedaría liberada para ser usada y disfrutada al antojo de los honestos.

La Ciudad de Lava

“El miedo no es solamente una forma de hablar del mundo, es, además, una forma de actuar” (Reguillo, 2006; 48)

Cuando los creadores de CityCop se ven defendiendo públicamente su producto, o su “servicio” según como se entienda la utilidad y finalidad de estas aplicaciones, no pueden sino apelar a un reduccionismo en la importancia de los comentarios que publican los usuarios como generadores de realidad³³. El planteo parece ser el siguiente: la realidad está allá afuera, y la utilidad de la aplicación consiste en mostrar de manera fácil y sintética esa realidad que (de otra forma) solo se tornaría asequible en la estresante práctica urbana, que se hace cuerpo cuando quizás ya es demasiado tarde, cuando nos enfrentamos a una actividad sospechosa.

Pero el miedo es una forma de actuar, y el discurso una forma de construir realidad. Si bien es producto de causas estructurales y se encuentra determinado por un tiempo y un lugar, es por otro lado productor de realidad. En este sentido consiste en una pieza clave para la construcción de la ciudad utópica y de la ciudad vivida; esta ciudad que se construye no solo por dichas determinantes estructurales -como es el trabajo precario, la baja remuneración de los salarios, la informalidad o la constante incertidumbre- sino también por el tejido simbólico que se vuelca sobre esas determinantes que lo generan, modificándola al mismo tiempo.

33 En la entrevista realizada a los creadores de CityCop en el programa televisivo Buen Día Uruguay, se los consulta al respecto de los comentarios violentos de los usuarios. A lo que Nadim Curi responde: “Hoy creemos que lo que está pasando es un tema de sensibilidad. Hoy la gente está sensible, sensible a la inseguridad que hay en la calle. Por lo tanto cualquiera, de hecho, yo ahora cuando venía en el auto me paro en un semáforo, veo gente que en realidad no sé, capaz que están limpiando los vidrios, capaz que están esperando para robar pero yo por las dudas me tranco, cierro, veo donde tengo la mochila. Esas cosas son actos donde uno responde a lo que es la sensibilidad y la sensación que hay en la calle. Yo creo que si la gente se siente incómoda con eso no me parece que esté mal que hagan una denuncia o de alguna manera alerten, sin herir la susceptibilidad absolutamente de nadie, eso es la idea” (CityCop, 2014)

Es por eso que hemos decidido como estrategia metodológica recurrir al análisis de discurso, en el entendido que estos construyen realidad y son determinantes en la idea que las personas se forman de la ciudad, no solo de cómo es, sino de cómo fue y cómo debería ser. A su vez los discursos son determinantes para la configuración del mapeo mental que se trace sobre la ciudad, revelando la creciente e imperante necesidad de lograr un desplazamiento puro.

“El mundo contemporáneo es un recipiente colmado de miedo y frustración que buscan desesperadamente una vía de escape común. El anhelo de esa vía de escape, como nos recuerda Ulrich Beck, 'no se contradice con el individualismo, sino que es producto de la patologización del individualismo'. La vida individual está sobresaturada de aprensiones oscuras y siniestros presagios, que se padecen en soledad y que resultan, por ese motivo -y por ser elusivos e inespecíficos-, aun más pavorosos. Como en el caso de las soluciones sobresaturadas, una mota de polvo es capaz de desencadenar una violenta condensación” (Bauman, 2001: 64)

El miedo y la frustración responden, como hemos señalado, a causas estructurales que no son exclusivamente de orden económico como podría pensarse. Que la vida individual este “sobresaturada de aprensiones oscuras y siniestros presagios” hace referencia al creciente individualismo y a la pérdida de soportes colectivos. Es este mismo individualismo que puja, que clama por comunidades generadas en torno al sentimiento de inseguridad³⁴.

La ética neoliberal del sálvese quien pueda, la competencia y la eficacia van en detrimento de la vida del propio ser humano. Es que al mercado poco le importa los efectos globales que pueda generar: “el mercado no busca certidumbre, sino que florece con la incertidumbre, la reproduce cada vez más” (Bauman, 2001: 40).

El culto a la libertad individual -el “sueño americano”- no consiste en libertad para todos sino para quienes puedan asegurársela mediante el mercado. El resto de las personas se verán obligadas por defecto a

34 En paralelo con este enfoque, y referido a los templos de consumo, es que Bauman (2001) habla de las comunidades de los solitarios.

constituirse en individuos (Castel, 2010), los cuales tendrán que dominar su propia biografía sin los soportes colectivos necesarios para hacerlo.

El miedo y el constante sentimiento de inseguridad son tanto producto como productor. En este sentido los mensajes que se immortalizan en las aplicaciones de celular y foros analizados, producen y reproducen un discurso y un mito de la ciudad que construye realidad. El miedo urbano impacta en el derecho a la ciudad generando, a nivel social, el riesgo de una creciente segmentación entre sus habitantes (Filardo, 2010), lo que se señala en este trabajo como un “alejamiento”, en el sentido más amplio del término.

Los datos están echados: “el miedo y la (percepción de) inseguridad juegan un papel cada vez más importante en la configuración de la socialidad urbana” (Badenes; 2009: 5). Por un lado la demanda por mayor seguridad, por otro el riesgo de una creciente individuación y erosión de los vínculos sociales (Filardo, 2010).

“Las creencias no necesitan ser coherentes para ser creíbles” (Bauman, 2001: 9). A este respecto, el autor señala dos creencias propias de la actualidad: que hemos alcanzado la libertad y que nos encontramos en el mejor de los mundos posibles. Esto es justificado a su vez desde una ética neoliberal que se convierte en la promotora de la desigualdad y la desesperanza.

El sentimiento que clama por más y más seguridad surge en este marco. Este sentimiento es constantemente reproducido y magnificado hasta el punto que ninguna institución es capaz de dar respuesta, generado a su vez un creciente descontento a nivel social.

“La demanda por 'seguridad social' como un producto de la sociedad industrial, actualmente lleva la paradoja de no poder cubrirse desde ningún Estado ni tampoco desde ningún ámbito privado. La 'necesidad' de seguridad ha expandido según este autor [Robert Castel] su campo de influencia y el individuo contemporáneo requiere tener garantizado y minimizar a tal punto la incertidumbre que no hay dispositivos capaces de lograrlo” (Filardo y

Aguiar, 2010: 261). Esta imposibilidad, lejos de bloquear la búsqueda constante de seguridad, termina reproduciéndola y amplificándola; más aún si se tiene en cuenta el auge en el sector servicios propio del neoliberalismo y la búsqueda postmoderna de que todo se ajuste a la individualidad y especificidad con la que nos sentimos/debemos sentirnos.

En los “Beneficios Urbanos para Usuarios de CityCop” (ver Anexo 3) de la página de Facebook de la aplicación, se promociona un mes gratis para los usuarios de la app en la empresa de seguridad Kaibil. La imagen es por demás ilustradora: cuatro hombres, tres de ellos con brazos cruzados y otro con manos en la cintura en clara postura de “manos a la obra”; dos motos a cada lado, vestimenta negra que parece camuflarlos con la oscuridad misma, actuando desde adentro de ese foso desconocido que parece ser la noche en la ciudad.

“Ahora la noche es aún más segura! Unite a nosotros y volvé a disfrutar de un barrio tranquilo” reza la propaganda. Luego detalla las ventajas que tiene el pasar a formar parte de este servicio: “Guardias las 24 hs, puntos de control, patrullaje motorizado, guardias motivados, entrenados y capaces de disuadir un delito, respuesta inmediata ante alarmas y denuncias de vecinos, entrada y salida asistida de sus hogares” (Anexo 3).

Este último punto resulta particularmente llamativo, ya que no queda claro en qué consiste, si es que esperan a sus clientes en la parada de ómnibus, o quizás los escolten hasta el auto. Sin embargo, ¿quién le garantiza que no lo robarán en un semáforo, que no le romperán el vidrio mientras está trabajando, que su hijo no será asaltado en el camino a la parada? ¿Quién le garantiza que no se cruzará con todo aquel que no quiere ver, con toda otredad que genere pánico y temor?

A veces hay que alejarse para ver el bosque reza el dicho. Pero ¿qué pasa si retrocedemos y retrocedemos cada vez más, y de repente el bosque parece simplemente una mancha verde?³⁵ ¿Qué sucede entonces en ese lugar lejano? ¿Hay forma de saber si

35 En un capítulo de la serie estadounidense Friends, dos amigos mantienen una tensa discusión. El conflicto se genera cuando Chandler le confiesa a Joey que besó a la mujer con la que este último “salía”, motivando así la ruptura de la relación. El diálogo se desarrolla de la siguiente forma: C – Mirá, lo siento, pero no hay nada que pueda hacer, creo que estoy

puedo transitarlo sin encontrarme con nada indeseable? ¿No será mejor talarlo para poder desplazarse tranquilo? Ya no es un bosque, porque eso implicaría reconocer que hay vida, que hay flora y fauna en constante desarrollo.

Pero el bosque es un punto cada vez más lejano, ¿cómo entrar en empatía con algo tan difícil de comprender y que genera tanta molestia? Es que la mancha verde duele, como una pequeña astilla clavada en el dedo meñique del pie, a cada paso nos recuerda que allí está.

A medida que se toma mayor distancia, que se evita el contacto con el otro diferente, a medida que la ciudad se fragmenta en islas de homogeneidad y el vínculo con el otro se vuelve cada vez más temeroso y por ende estereotipado, crece el sentimiento de inseguridad y la necesidad de alejamiento.

Puede verse entonces cómo el propio movimiento defensivo carga con una profunda contradicción, ya que genera mayor sentimiento de inseguridad al mismo tiempo que produce la sensación de una profecía autocumplida y autofrustrada, a modo de “no importa qué se haga está cada vez más inseguro” o “¿¿¿imaginate si no tuviéramos contratado el servicio de Kaibil?!?”

El resultado es un clima de violencia creciente. Una violencia simbólica que se encuentra legitimada en la diferencia, y avalada por los medios de comunicación que estigmatizan y presentan la alteridad como esas figuras malignas, a las que se les quita su calidad de personas. Para ello hemos dado a modo de ejemplo el tratamiento de Santo y Seña (2014) sobre la problemática de las personas que se ven en la necesidad de ocupar viviendas deshabitadas.

En una entrevista realizada a los creadores de CityCop en El País Tv (s/f), la entrevistadora menciona: “les cuento que CityCop desarrolla estadísticas por ejemplo para cinco ciudades: Montevideo, Buenos Aires, Rosario y Córdoba³⁶, sobre ilícitos. A propósito de esta aplicación, es una aplicación que está vigente desde mayo (...) y se encarga de que ustedes puedan, desde su teléfono, poner la aplicación y denunciar cualquier ilícito que ustedes ven por la calle, en donde sea estén ubicados”. Abajo del enamorado de ella **J** – ¿A quién le importa? ¿¿¿Fuiste a mis espaldas?!? Jamás te haría eso! **C** - Tenés razón, no tengo excusas, me pasé totalmente de la raya **J** – ¿¿¿Te pasaste de la raya?!? Están tan lejos de la raya... que ni siquiera podés ver la raya! La raya es un punto para vos!!!

36 Sólo se mencionan cuatro ciudades

cuadro del video en donde se puede ver la entrevista se menciona: “Lo que más se denuncia es actividad sospechosa y robo a personas, dijeron los desarrolladores”.

No es muy difícil armar las piezas del rompecabezas, si entendemos que lo más denunciado es actividad sospechosa (ver infografías, Anexo 1 y 2) y si afirmamos que la aplicación se encarga de denunciar ilícitos. Lo que la comunidad juzgue como sospechoso, pasa a transformarse automáticamente en un ilícito, avalando una violencia que se naturaliza y una persona que pierde su calidad de tal en base a su condición de ilegal.

La figura que simboliza la denuncia de “actividad sospechosa”, escogida por los creadores de CityCop, es la de un ladrón, demostrando esta norma tácita de “culpable hasta que se demuestre lo contrario”. Si en verdad se creyera que consiste en una “actividad sospechosa”, no se escogería la figura del ladrón con mueca torcida -en clara señal de consternación por ver frustrados sus intentos malhechores-. Como hemos señalado, la calidad de “sospechoso” es condición suficiente para sumir al individuo en una situación de ilegalidad desde la cual se avala, justifica y reproduce el uso de la violencia sobre el otro juzgado.

En medio del creciente reclamo y (¿por qué no también?) búsqueda por mayor seguridad, el manejo por parte del habitante urbano se transforma en un juego sin gracia, un juego en el cual las personas piden a gritos retroceder cinco casillas, ¿quién lo hubiera imaginado? La ciudad transformada en un mar de lava, en el cual tendremos que andar saltando de baldosa en baldosa para no quemarnos. Por suerte la tecnología nos ayuda a determinar cuáles son las flojas y cuáles no.

A este respecto, los discursos analizados en el presente trabajo provinieron de fuentes tecnológicas en red, como son las aplicaciones de celular y los foros de página web. Con estos análisis, se pretendió dar visibilidad a fenómenos que en principio parecerían inocentes, tales como un gesto, una mirada o un comentario de un usuario de CityCop.

El presente trabajo priorizó el discurso en el entendido que este no es inocente ni opera desde el vacío, sino que reproduce una ética y una cosmovisión al mismo tiempo que se vuelca sobre la sociedad y la modifica. Los discursos centrados en el miedo y en la constante e insaciable búsqueda de seguridad, reproducen en este sentido la ética

neoliberal del “sálvese quien pueda”, exaltando sin precedentes la figura del individualismo. Ello lleva a los fenómenos de culpabilización analizados sobre aquellas personas que son tomadas como “sujetos peligrosos”. Mencionamos que no se los responsabiliza solamente de su situación particular, sino también a nivel más general por una “sociedad que se va a la mierda” (como menciona Petinatti).

Esta ética en la que se enmarcan los discursos anclados en el miedo y la constante búsqueda de seguridad tampoco se reproduce desde el vacío, sino que va de la mano con los cambios a nivel del paradigma productivo. Surge como modo de respuesta a la caída del Estado social, promoviendo un modelo de sociedad basada en la constante competencia teniendo al mercado como el asignador de recursos por excelencia.

Los cambios en el mundo del trabajo son producto también de esta reconfiguración del papel del Estado, que es una reconfiguración en la forma de entender a la sociedad, y la forma en que debe funcionar. Empleo precario, tercerización, contratos a término, trabajo informal, etc., todos estos fenómenos hablan de una reconfiguración en el estatuto del trabajo mismo, que encuentra cada vez más problemas para constituirse en un soporte capaz de proteger a las personas de los riesgos de vivir en sociedad.

En este marco es que se construyen las comunidades en torno al delito, como son las aplicaciones de celular analizadas. Comunidades que en la práctica cotidiana, las más de las veces, no pasan de la palabra. Sin embargo este actuar, que genera una ilusión de lo colectivo, construye realidad, impacta en sus usuarios y en la sociedad a nivel general, determinando la forma en que estos entienden a la ciudad y a sus habitantes.

La “Ciudad de Lava” refiere a un sentir colectivo, a un “clima” de violencia social promovida y avalada por los medios de comunicación, a los servicios de lucha contra la inseguridad y a la exacerbada figura del individuo responsable de su biografía. El discurso en este caso opera como la llave que permite vincular fenómenos “inocentes” a nivel microsociales, con las tendencias macrosociales que determinan a las personas -referentes a las categorías trabajadas en el marco teórico-.

Decimos “inocentes” ya que el discurso es una forma también de acción, no son sólo palabras, sino que construye realidad, generando y promoviendo maneras de pensar

y de sentir. El discurso produce entonces modos de entender a la ciudad y a lo que allí pasa. Modos que se plasman en maneras concretas de actuar; en este sentido, hablar de la ciudad es también construirla.

Bibliografía

- Baráibar, Ximena (2005) “De la comunidad al estado social: la reconfiguración del campo de la asistencia” en *Fronteras*, año 2005, N° 8, segunda época, pp. 31-43
- Badenes, Daniel (2009) “Un estigma con-sentido. Derecho a la ciudad y violencia mediática: El caso de los 'chicos de la glorieta” en *Questión*, año 2009, vol. 1, N° 21, enero-marzo, pp. 1-8
- Bauman, Zygmunt (2001) *En Busca de la Política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Bauman, Zygmunt (2006) *Modernidad Líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Castel, Robert (2004) *La inseguridad Social. ¿Qué es estar protegido?*. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- Castel, Robert (2010) *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo?*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Donzelot, Jacques (1999) “El nuevo problema urbano” en *ESPRIT*, año 2009, N° 258, mayo, pp. 87-110
- Filardo, Verónica (2010) “Miedos urbanos en Montevideo” en *RECSO*, N.º 1, pp. 10-31
- Filardo, Verónica y Aguiar, Sebastián (2010) “Miedos en la Ciudad” en *El Uruguay desde la Sociología VIII*, vol.1, pp. 257-270
- Kaztman, Ruben y Filgueira, Ruben y Errandonea, Fernando (2005) “La ciudad fragmentada: respuesta de los sectores populares urbanos a las transformaciones del mercado y del territorio en Montevideo” en Roberts, Bryan y Portes, Alejandro y Grimson, Alejandro (eds). *Ciudades Latinoamericanas: un análisis comparativo en el umbral del nuevo siglo*. Buenos Aires: Prometeo, pp. 369-423

- Kessler, G. (2012) “Movilidades Laterales. Delito, cuestión social y experiencia urbana en las periferias de Buenos Aires” en *Revista de Ciencias Sociales*, DS-FCS, vol 25, N° 31, pp. 37-58
- Lechner, Norbert (1986) *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Madrid: Editorial S XXI
- Machado, G. (2002) *Del dicho al techo: el largo trecho en el acceso a la vivienda en el Uruguay actual*. Tesis de Maestría de Servicio Social. Montevideo: s/editar
- Mujica, J. (2009) *Microscopio. De la bioética a la biopolítica*. Lima, Perú: PROMSEX
- Rebellato, José Luis (1995) *La encrucijada de la ética. Neoliberalismo, conflicto Norte-Sur, Liberación*. Montevideo: Editorial Nordan
- Reguillo, Rossana (2006) “Los miedos: sus laberintos, sus monstruos, sus conjuros. Una lectura socioantropológica” en Pereira, José Miguel y Villadiego, Mirla (eds). *Entre miedos y goces. Comunicación, vida pública y ciudadanías*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, pp. 24-54
- Vergara Estévez, J. (2002) “La contribución de Hinkelammert a la crítica latinoamericana al neoliberalismo” en *Polis* [online], vol. 2. Disponible en: <http://polis.revues.org/8011> [acceso 20/04/15]

Sitios Web

- Agustina Pastor (2013) *CityCop, una aplicación para combatir la delincuencia* [online]

Disponible en: <http://eldiario.com.uy/2013/11/23/citycop-una-aplicacion-para-combatir-la-delincuencia/> [acceso 01/08/2014]

- CityCop (2015) CityCop – Entrevista en Buen Día Uruguay 15-01-15 [archivo de Video]

Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=4jtcUvIZaMg> [acceso 07/09/2015]

- Diego Castro (s/f) *El plan de seguridad ya está en marcha* [online]

Disponible en: <http://www.elpais.com.uy/informacion/informacion-plan-de-seguridad-ya.html> [acceso 03/10/2014]

- El País (2014) *La ciudad en el celular* [online]

Disponible en: <http://www.elpais.com.uy/domingo/ciudad-celular.html> [acceso 20/07/2014]

- El País Tv (s/f) CityCop, la app recibe 30 denuncias por día [archivo de Video]

Disponible en: <http://elpaistv.com.uy/videos/a-diario/citycop-app-380> [acceso 10/08/2014]

- Ester Ribas Arbos (2014) *Atrapa delincuentes desde tu smartphone* [online]

Disponible en: <http://usr.uvic.cat/per1404/2014/05/13/atrapa-delincuentes-desde-tu-smartphone/> [acceso 05/06/2014]

- Juan Pablo Demarco (2014) *Combaten la delincuencia por celular* [online]

Disponible en: www.elpais.com.uy/informacion/combaten-delincuencia-celular.html [acceso 05/05/2014]

- Mayoristas y Mercados (2014) *Cityop tm: nueva herramienta para prevenir y combatir el delito entre todos* [online]

Disponible en: <http://www.mayoristasymercado.com/5197/cityco-nueva-herramienta-para-prevenir-y-combatir-el-delito-entre-todos/> [acceso 18/05/2014]

- Montevideo Portal (2015) *La mano dura* [online]

Disponible en: <http://www.pantallazo.com.uy/auc.aspx?281523%2C756%2C0%2C%2C0> [acceso 20/08/2015]

- Ricardo Scagliola (2014) *Miedos de comunicación de masas* [online, artículo pago]

Disponible en: <http://brecha.com.uy/miedos-de-comunicacion-de-masas/> [acceso 09/05/2014]

- Rmachado (2011) El FA cumple con el programa [Msj. 3].

Mensaje publicado en: <http://www.opina.com.uy/showthread.php?t=1461&s=cd4f2460096e6bba9e84c782b301a283> [acceso 18/06/2015]

- Santo y Señá (2014) Malos Vecinos [archivo de Video]

Disponible en: <http://www.montecarlotv.com.uy/programas/santo-y-seña/videos/malos-vecinos> [acceso 16/07/2015]

- TV Show (2014) *El apriete de un “okupa” a periodista de Santo y Señá* [online]

Disponible en: <http://www.tvshow.com.uy/farandula/apriete-okupa-periodista-santo-sena.html> [acceso 16/07/2015]